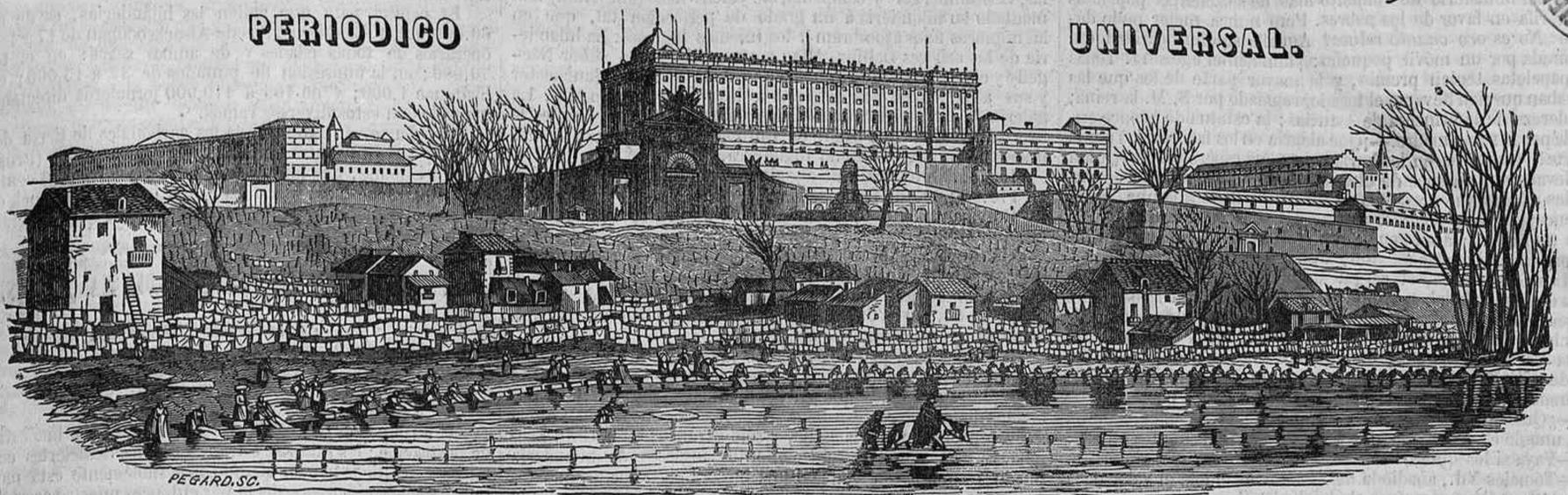


# LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50,  
Número suelto 4 rs.

NUM. 255.—SÁBADO 14 DE ENERO DE 1854.  
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.  
Ultramar y extranjero: Año 80.

## REVISTA DE MADRID.

Dos cosas, entre otras muchas, han hecho notable en Madrid el año que acaba de terminar: la falta de carreras de caballos y la escasez de bodas.—Algunos establecen una íntima relación entre ambos objetos, en la apariencia tan heterogéneos, asegurando que si el *sport* no fomentaba realmente la cria caballar, fomentaba en cambio los matrimonios.—Dejando á los inventores de tan peregrina especie toda su responsabilidad, diremos que, á ser fundada, no nos maravillaríamos ver una exposición pidiendo el restablecimiento de las carreras de caballos, firmada por todas las solteras de la corte.

Dos solos enlaces matrimoniales han ilustrado los últimos días del finado 1853: el del señor D. Juan Buitrago, hijo del general de igual apellido, con la linda señorita Doña Asunción Barbaza, y el del señor D. Gonzalo Liñan con la señorita Doña Manuela Ordoñez, sobrina del gobernador de Barcelona.

El año de 1854 se anuncia igualmente estéril en este concepto, y los *hombres pensadores* lo atribuyen también á la guerra de Rusia.—Que alguna causa secreta debe haber, es indudable; porque si no, no se concibe que en mitad del invierno—y de qué invierno!—en una época tan favorable siempre para el matrimonio; en una época en que las pasiones están en efervescencia, y los corazones en erupción como los volcanes, no haya nadie, absolutamente nadie, que se decida á encender las antorchas de himeneo. Háblase—se necesita tan poco!—de amores notorios, de casamientos probables, de alianzas futuras; pero de bodas acordadas, seguras, inminentes, no hay ninguna en los altos círculos madrileños.

Pero si no hay flores ni coronas nupciales, en cambio abundan los lutos y los crespones fúnebres, lo mismo en las mansiones régias que en el modesto albergue del pobre.—La dolorosa muerte de la infanta recién nacida, después de las de la reina de Portugal y del primogénito del duque de Castiglano, impedirán que haya fiesta alguna este Carnaval, así en el palacio de S. M. la reina como en el de su augusta madre.—Otro triste acontecimiento ha venido á diferir el baile que la señora condesa de Velle se disponía á dar próximamente: ha fallecido en Agramunt el respetable anciano D. José Ceriola, padre del rico banquero, cuyo hijo mayor está enlazado con la familia de Velle, y como es natural, los elegantes salones de la calle de Atocha permanecerán cerrados lo menos un mes.—El estado del señor marqués de Turgot, aunque mucho mejor los últimos días, no permitirá tampoco que se abran ya los de la embajada francesa; y un motivo análogo, la enfermedad de la señora duquesa de Abrantes, impide que esta ilustre dama reproduzca el brillante sarao que tan gratos recuerdos dejó el invierno anterior.

Esa escasez de fiestas explica fácil y elocuentemente que los convites para las pocas que se verifican, se codicien y pretendan como si fueran empleos.—En la proximidad de ellas llueven las visitas, las tarjetas, los recuerdos, los cumplimientos; rostros que los amos de la casa no habían visto meses y aun años antes, remanecen allí con dulce sonrisa y halagadoras palabras en los labios.

—Condesa, ¡Vd. cada día mas jóven! dice uno.  
—Marquesa, ¡Vd. cada vez mas elegante! añade otro.  
—¡Qué casa tan magnífica! esclama este.  
—¡Qué baile tan bonito podrian Vds. dar aquí! repone aquel.

Y el demonio de la adulacion, omnipotente sobre el débil corazón humano, comienza á destruir los rencores y á minar los resentimientos.

—En efecto, pensamos recibir; responde la condesa ó la marquesa, lisonjeada en su vanidad.

—De veras? ¡No lo sabia! ¡Y pronto?  
—Muy pronto, el jueves que viene... y dese V. por convidado.

¡Qué afán, qué interés por averiguar cada uno si está ó no está incluido en las listas de convite!—¡Qué multitud de empeños y de cartitas de recomendacion para presentaciones! Algunas veces el enojo de los dueños de la casa resiste á todo; la mayor parte cede por cansancio.—¡Qué pena en los desairados! ¡Qué satisfacción en los elegidos! Los primeros se vengarán hablando mal del baile; los segundos lo pondrán en el quinto cielo!—Flaquezas son estas de que no se hallan libres ni las organizaciones mas fuertes.

Pero si en los salones aristocráticos se baila poco, en los

que no lo son se baila con verdadero frenesí. En la calle de Capellanes, en esa calle tan triste, tan desierta, tan oscura, tan impropia por su nombre para tales bromas, resuenan diariamente desde el anochecer hasta la madrugada los ecos sonoros de las orquestas y el confuso guirigay de las máscaras.—¡Allí es donde se embroma, donde se polka, donde se walsa! ¡Allí es donde ha sentado sus reales la verdadera alegría, arrojada por la etiqueta de los saraos mas elevados!—¡Qué disfraces tan diferentes y tan grotescos! ¡Qué cambio de sexos y de edades!—La modista se disfraza de pollo, y el pollo de modista; el hombre de juicio de calavera; el calavera de hombre de juicio.

El domingo anterior, en el *Casino Matritense*, en la *Juana*, en el *Liceo amistoso*, en cualquiera de esas diversas reuniones que se disfrazan también con distintos nombres aunque sean en su esencia una sola, llamaba la atención cierta jóven elegantemente vestida á la antigua, con polvos, aunque sin careta. Su aparición hizo un efecto incomparable; los que tenían parejas tapadas, se apresuraron á licenciarlas indefinidamente para implorar los favores de la beldad desconocida. En un momento se vió esta rodeada de una multitud alegre, bulliciosa, intrépida, que la pedía una schotish, una varsoviana, una redowa... Nuestra heroína era una sílfide que se deslizaba sobre la alfombra ligera como el viento; que cansaba á todos sus adoradores, pero que no se cansaba ella jamás. Amable y complaciente, todo lo acogía bien; las protestas de amor y los cucuruchos de dulces que se prodigaban en sus oídos y en sus

manos. De esta manera pasó la noche, toda la noche, siendo la reina de la fiesta, el único objeto que inflamaba tantos inflamables corazones! Por fin, después del cotillon, los mas entusiastas pidieron á la desconocida que les dijese su nombre y su casa; y ella, sin hacerse rogar, sacó del bolsillo una cartera de legítimo cuero de Rusia, y de la cartera unas cuantas tarjetas que repartió á sus apasionados.

Las tarjetas decían solamente: *Fulano de tal, capitán de caballería... calle de Silva, número 3.*

Tanto por lo menos como este lance, ha escitado la curiosidad la comedia titulada *El Egoísmo*, que se estrenará el jueves 19 en el teatro del Príncipe, y cuyo autor ha querido también guardar el incógnito. Así, ningún poeta dramático puede entrar estos días en un café, en el Ateneo, ó en el Casino, sin que le pregunten media docena de personas á la par:

—¿Es Vd. el autor de *El Egoísmo*?

De nada sirve que responda negativamente; de nada que jure y que proteste por todos los santos que no tiene arte ni parte en la obra: si se sonríe, como es natural, todos esclaman en coro:

—¡Se ha sonreído! Vd. es! Vd. es!

Los mejor informados en esta misteriosa historia, segunda edición de la de *¿Quién es ella?*, aseguran que el autor no revelará su nombre hasta mucho después de la representación, y aunque el éxito sea completamente favorable:—cuando lo veamos daremos fé á este desprecio del aura popular. La comedia



Plaza Real de Paris.

se llama *El Egoísmo*: ¿no explicará el incógnito ese mismo título?—Es tan grande, tan omnipotente en nuestra época el egoísmo!—El sábado, en menos de dos horas, se vendieron en los salones del ministerio de Fomento mas de seiscientos papeletas de la rifa en favor de los pobres. Pero nunca mejor pudo decirse: *No es oro cuanto reluce!* Aquella sublime caridad era inspirada por un móvil pequeño: ¡también el egoísmo! Todas las papeletas tenían premio, y la mayor parte de los que las tomaban querían llevarse el tocador regalado por S. M. la reina; el aderezo de la princesa de Asturias; la estatua de bronce enviada por la reina madre.—¡Qué alegría en los favorecidos por la suerte! ¡Qué rabia en los burlados en sus esperanzas!—Quién se llevaba dos docenas de chorizos y un queso de bola en vez de las alhajas que pretendía; á un viudo le tocaba una gorra de encaje, que le recordaba su perdida mitad; á una señora le caía un sable, y á un general un cestillo de costura; á un hidropático dos botellas de vino; á un pollo un devocionario...

Las decepciones, si así pueden llamarse, las quimeras de cada uno, se exhalaban en quejas mas ó menos amargas.—Una mujer, favorecida con un almohadon bordado, tuvo la imprudencia de llamar engaño á aquella obra noble y desinteresada de la caridad femenina, ingeniosa é inagotable siempre. La condesa de X... la reconvinó dulcemente por sus frases inconsideradas; pero el enojo de la mujer no se aplacó por eso.

—¿Quiere Vd. sus tres duros? la dijo la benéfica condesa con uno de esos movimientos generosos tan frecuentes en ella.

—Vaya si los quiero! repuso la interlocutora groseramente.

—Tómelos Vd., añadió la de X... entregándole el valor de la papeleta, y llévase encima el almohadon.

Este rasgo no necesita comentarios.

LEPORELLO.

## EXPOSICION DE ARTES EN MADRID.

El Real decreto publicado en la *Gaceta* del jueves último, ofreciendo premios á los artistas de las tres nobles artes que se distinguen por sus obras en las exposiciones públicas, es una de las medidas acertadas por que estamos clamando en LA ILUSTRACION desde el año 1850 con ocasion de emitir el juicio crítico de la exposicion de pinturas.

Si fuera posible registrar la riqueza importada en la Francia de seis años á esta parte, por las figuras de bronce, de china, pinturas y estampas importadas del extranjero, veríamos un guarismo crecido y que no bajaría de doscientos millones de reales.—Si esta riqueza y esta noble ocupacion de los brazos inteligentes la debiésemos á nosotros mismos, además de contribuir á dar nombre civilizador y de gusto artístico al país, proporcionaríamos recursos al Erario.—El gobierno francés hace años que conoció la importancia que en sí tenían las bellas artes, y se decidió por enaltecerlas hasta el punto que hoy París puede considerarse el verdadero núcleo de ellas.

Tiempo era ya que nuestro gobierno no se mostrase en este punto tan dormido, y que tomase alguna medida para alentar á los artistas españoles, estimulándolos con los premios ofrecidos al mérito de sus obras, las cuales serán estimadas con justicia é imparcialidad por el jurado que se establece al efecto.—Talentos hemos tenido y tenemos en las artes que sabrán trabajar á ejemplo de otros países por la gloria de su profesion; y no dudamos que corresponderán dignamente, caminando con paso firme por la nueva via que se les abre por el Real decreto mencionado.—Cuando las medidas son buenas, vengan de quien vengan, no pueden menos de aplaudirse, y nosotros consideramos muy acertada la de que se trata, por el beneficio que ha de traer á los artistas y al país.

¿No es una lástima, y una lástima que causa disgusto solo al recordarla, que siendo la España tan rica en monumentos artísticos, se vea casi olvidada por los extranjeros? ¿No es una lástima que en este país, virgen en todos conceptos, hayamos llegado á un atraso tan punible?—Los célebres Diego Velázquez de Silva, Bartolomé Murillo, Juan de Juanes y José Ribera (conocido por el españolito), ¿no son unas lumbreras de nuestra patria en la pintura, que tuvieron la gloria de crear la escuela española, tan estimada hoy día en los principales museos de Europa, y cuyos cuadros son tan ávidamente buscados por los inteligentes?—¿Pues quién duda que bajo la sombra que da el árbol del estímulo no saldrán genios iguales?

Lo mismo decimos respecto de la escultura y de la arquitectura.—El genio de Juan de Herrera, de Alonso Cano y de Berruguete, tendrán imitadores en la juventud estudiosa que atraviesa el siglo XIX.

Ahora resta que el decreto no quede sólo escrito, como sucedió con la creacion del panteon nacional en San Francisco el grande para los españoles célebres. Quisiéramos que la exposicion de bellas artes que ha de tener efecto cada dos años en el mes de mayo, se realizara en un local á propósito, con excelentes luces y con la grandeza y ostentacion convenientes.—Así lo esperamos de las personas entendidas que el gobierno delegue para ello, y siempre será un paso mas hácia la civilizacion, que redundará en provecho del país.

## INDUSTRIA.

### FÁBRICAS DE ALGODON EN FRANCIA.

El consumo de algodón en Francia es con corta diferencia la cuarta parte de lo que se consume en Inglaterra; y tiene como hácia 3 á 3.500,000 agujas, que producen anualmente 34.000,000 de kilogramos, en hilados de toda especie; 105.000,000 de francos pueden representar actualmente el valor reducido de sus máquinas y talleres, á 30 francos la aguja.

En otro tiempo, una hilandería bien montada, como solía haberlas en Alsacia, incluso el sitio, telar, motor, etc., contaba de 50 á 55 francos la aguja, mientras que hoy día se puede ya montar con toda perfeccion maquinaria al precio de 40 á 45 francos cada una.

Nicolás Kaechlin, sujeto que por sus viajes en los cantones manufactureros de Inglaterra, y por sus estensos conocimientos en la industria francesa, puede hacer un cotejo exacto de ambos países, dice que nada tienen que envidiar los franceses á la Gran Bretaña con respecto al algodón. Hilados esportó Alsacia, durante la última crisis, á Suiza en gran cantidad, y se han sostenido con ventaja á los ingleses. Lo mismo sucede en Ta-

rara, porque sus algodones son de superior calidad; aunque se quejan constantemente de los precios demasiado subidos y de la insuficiencia de provisiones de dicho género. Los señores Nicolás, Schlumberger y compañía, de Guebwiller (alto Rhin) han montado su hilandería á un grado de perfeccion tal, que en los números finos asombran á los mismos ingleses. La hilandería de los señores Dollfus, Mieg y compañía; la del señor Naegelly y otras varias de Mulhouse, en nada ceden á Manchester y sus alrededores, con respecto á los números ordinarios. La galería de cardas sobre todo de los señores Dollfus y Mieg es la mas automática que existe en Europa, y trabaja con menos brazos que ninguna otra de Inglaterra.

Los 34.000,000 kil. de algodón hilado en Francia, se evalúa en 170.000,000 de francos.

Empléanse 37.000,000 de algodón en bruto, evaluados en 88.000,000 de francos.

Queda para los brazos, combustible, gastos de composicion, intereses, beneficio, 82.000,000 de francos.

El número de jornaleros empleados en las hilanderías asciende de 80,000 á 90,000. El término medio de los salarios es de un franco 30 céntimos por individuo.

En Inglaterra, por razon de sus vastos establecimientos, de una numerosa concurrencia, y del poco costo del carbon de tierra, cuestan menos que en Francia las máquinas y demás objetos de hilandería. Un telar sin accesorios cuesta en Alsacia á razon de 10 francos la aguja, y solo 6 francos en la Gran Bretaña. El costo de los establecimientos ingleses de hilandería puede evaluarse en suma en una tercera parte menos que los franceses. Digno de consideracion es este hecho, si se mira la escasez de capitulos, y la repugnancia que muestran aun los franceses en confiarlos á especulaciones industriales.

El gobierno es quien debiera contrabalancear los perjuicios que sufren en este punto los manufactureros franceses, con una reduccion de derechos sobre el precio de las máquinas, y con establecer medios de circulacion mas numerosos y económicos que los que existen, á fin de proporcionarles tambien los carbonos de tierra al precio mas bajo que posible fuere.

Muchas hilanderías francesas hay movidas por vertientes de agua. En este caso, el precio de combustible no influye sino para calentar los talleres, y es cosa de poca monta; pero en cuanto á las que estan montadas con vapor, gastan en carbon de tierra (en Alsacia) un octavo, y hasta un sexto de la hechura; que equivale de 4 á 5 por 100 del precio de venta de los hilados. En Manchester se evalúa la parte del combustible en 1 por 100 cuando mas. En Alsacia, 100 kil. de carbon cuesta 4 francos, mientras que en Manchester cuestan solamente de 99 céntimos á 1 franco. Fuerza es decir sin embargo que la economía del combustible no debe mirarse en Inglaterra como medida exacta de la diferencia de precios; los ingleses emplean generalmente máquinas de vapor de baja presion, y descuidan la economía del combustible, por cuya razon gastan 5 kil. de carbon por cada kil. de algodón hilado número 30 á 40; mientras que en Francia, por medio de sus máquinas de alta presion, y su gran cuidado en ahorrar combustible, no consumen mas que 4 kil. de carbon por cada kil. de hilado.

En Francia los telares son en general de 216, 240 y 360 agujas. El término medio de su producto por semana, en hilo número 30 manufacturado, es de 90 kil. por telar de 360 agujas, ó sea 1 kil. por cada 4 agujas.

En Inglaterra, como la construccion de las máquinas exige menos capital que en Francia, mientras que los brazos se pagan mas, se emplea un solo jornalero hilador en cada dos telares que reunan de 600 á 800 agujas. Segun cálculo hecho en una hilandería de las mejores de Manchester, se deduce que un operario que cuida de dos telares de 620 agujas produce solo por semana 125 kil. (280 libras inglesas) en hilo número 30 manufacturado (36 á 38 ing.), ó sea dos kil. por cada 5 agujas y por semana. Los hiladores en Alsacia, trabajando mucho, pueden producir tanta obra como los ingleses; porque la ley inglesa limita el trabajo á 69 horas por semana en las hilanderías, y los alsaces trabajan generalmente de 13 á 14 horas por día.

### Término medio de los salarios por semana.

En Mulhouse: el hilador 14 francos; el que reata los hilos 5 fr.; la que cuida de las cardas 6 fr.; las maniobras 9 fr.

En Manchester: el hilador 38 fr.; el que reata 10 fr.; la de las cardas 12 fr.; las maniobras 20 fr.

En Zurich: el hilador 12 fr.; el que reata 3 fr.; la de las cardas 5 fr.; las maniobras 8 fr.

Segun estos datos, el producto de la hechura de los hilados en los susodichos países es:

En Mulhouse por cada medio kil. de número 30 á 35, 72 céntimos.

En Manchester, 82.

En Zurich, 60.

En una hilandería puesta en movimiento por una vertiente de agua en los Vosgos, 47.

Si tomamos por base la fabricacion del alto Rhin, para aplicar el término medio á los hilados en general, resultará que para convertir en tejidos los 34.000,000 kil., producto de las hilanderías de Francia, se necesitan 270,000 telares de tejer, que ocupen á 325,000 jornaleros, cuyo término medio de salario será de unos 75 céntimos por día.

Los dos departamentos del alto y bajo Rhin, con la frontera de los Vosgos, alta Saona y Doubs, forman una zona cuya fabricacion es del todo homogénea: 56 hilanderías de algodón encierra, de las cuales 40 estan situadas en el alto Rhin, 4 en el bajo, y 12 en los demás departamentos mencionados. Estas 56 hilanderías comprenden 700,000 agujas en movimiento; y débense añadir otras 120,000, que actualmente se estan construyendo (años 1834, 35). En este momento el número de agujas asciende á 800,000. Cada aguja en su término medio puede emplear 10 kil. de algodón. El producto actual puede evaluarse en 8.000,000 de algodón hilado, y el consumo de algodón en bruto, en 9.000,000 ó 9.000,000 kil. El algodón hilado vale, en su término medio, 5 fr., 6 céntimos el kil. Segun esto, el valor total será de 45.000,000 á 50.000,000 francos.

El número de telares en los citados departamentos sube á unos 60,000, incluso 3,000 telares mecánicos; y su producto es 2.000,000 de calicos finos y comunes, de muselinas y tejidos de colores varios. Su valor por pieza en su término medio, es 40 fr., y su valor total cerca de 80.000,000.

La masa de capitales inmovilizados en edificios, máquinas, aprestos y herramientas necesarias á la hilandería, sube de 45 á 50.000,000 de fr.; pero la amortizacion ha podido reducir esta suma á 30.000,000.

El capital para que anden las hilanderías, es de cerca 60.000,000 fr. Las hilanderías de Alsacia ocupan de 17 á 18,000 operarios de todas edades y de ambos sexos: en el tejido 70,000; en la impresion de pintados de 12 á 15,000; en el blanqueo 1,000; y de 105 á 110,000 jornaleros directamente ocupados en estos diversos ramos.

Hoy día se van agotando ya los carbonales de tierra de Alsacia, y sus fabricantes han de recurrir á Saarbrach (Prusia) y á Saint-Etienne, que les cuesta á 4 fr. y á 4 fr. y 80 céntimos cada 100 kilogramos, segun los trasportes. En Saarbrach cuestan en el mismo carbonal de 8 á 9 céntimos cada 50 kilogramos.

## PROYECTO DE LA CANALIZACION DEL MANZANARES,

POR LOS CORONELES GRUNEMBERG,

durante la minoridad de Carlos II (1).

Al terminar el siglo XVII tocaba España el último estremo de postracion; las guerras extranjeras y los desaciertos económicos y políticos habian abatido insensiblemente esta monarquía. «Seis accidentes—decia por entonces nuestro economista Osorio—destruyen la multitud; el primero la ociosidad, el segundo hambre, el tercero peste, el cuarto espulsion de vasallos, el quinto guerra, el sexto falta de don de consejo. Este es el origen de los cinco.» La ineptitud de nuestros gobernantes causó, en efecto, un trastorno general en la monarquía; advirtiéndose este desorden ya en los tiempos de Felipe II; conocióse claramente en los de su sucesor; llegó á desquiciarse la constitucion del Estado en los de Felipe IV, y se apoderó por completo de la nacion española, convirtiéndose de mal agudo en crónica enfermedad en los de Carlos II. Mandó la codicia, imperó la arbitrariedad, y esta heroica nacion llegó á verse miserable y abatida hasta el punto de que en su misma corte dejase la reina madre carecer de estrado á sus damas, y que ella misma no tuviese alguna noche para cenar mas que un gigote de carnero, suprimiéndose la acostumbrada jornada á Aranjuez como un gasto fabuloso.

No faltaron hombres instruidos que clamasen contra estos males y propusiesen camino para su remedio; antes los nombres de los Valles, Herreras, Moncadas y Osorios serán siempre gloriosos en nuestra historia; pero sobrepujaron á su tiempo y fueron desatendidos y aun tratados de visionarios. El aristotelismo predominaba en nuestras Universidades: despreciábanse las ciencias exactas, casi desconocidas entonces en España, y hallábanse las políticas reducidas á arbitrios empíricos que muchas veces aumentaron los males de la monarquía. La rica imaginacion española se gastaba inútilmente en ridículas luchas de escuela. Hasta el carácter español varió. Aquel antiguo genio emprendedor y aventurero trocóse en apocamiento, y la patria de Isabel la Católica, que habia dado á Colon los medios de descubrir un nuevo mundo, desechó ahora como impracticable un sencillo proyecto de canalizacion, y trató de locos y mal intencionados charlatanes á sus autores, á pesar de que se ofrecian á costearlo.

Este proyecto, del que vamos á ocuparnos, es una curiosa página de la historia de nuestra decadencia, y prueba hasta qué punto habia degenerado el carácter de la nacion, y cómo el aristotelismo habia impedido en ella el progreso de los mas preciosos ramos del saber humano.

La necesidad de construir canales de regadío habia sido reconocida muchas veces en España, y antes de que el reino, junto en Cortes, la representase á Carlos I, habiase tratado en los tiempos de don Juan el II de hacer navegable el Manzanares incorporándole con el Jarama. Felipe II pensó en ello, y Felipe IV tenia aprobado este proyecto cuando le sorprendió la muerte. Volvió sin embargo esta idea á suscitarse durante la minoridad de Carlos II, á cuya madre, entonces regente, se la propusieron los coroneles D. Carlos y don Fernando Grunemberg, flamencos al servicio de España, en el año de 1668. Las circunstancias calamitosas en que se hallaba la monarquía pudieran haber disculpado la frialdad con que fué acogido este proyecto, si dichos coroneles no se hubieran ofrecido á costearlo mediante una asociacion; pero habiéndose comprometido á ejecutarlo de este modo, nada perdía el público con que ellos emprendieran una obra tan útil para esta corte, que ni aun el nombre de aldea merecia en aquel tiempo. A pesar de estas razones, aquellos dos celosos coroneles vieron desechado su plan bajo pretextos bien ridiculos y miserables. Alegábase la imposibilidad de la obra, siendo teólogos ó legistas ignorantes de la física y las matemáticas los que tal objetaban; exagerábanse los perjuicios de tercero, no obstante que los empresarios estaban prontos á satisfacerlos; se disminuía la utilidad de la empresa, y llegóse por último á suscitar la peregrina objecion de que «Dios habia dado su curso natural á los rios y que no sería malo lo que él habia hecho.»

Increible debió parecer á los dos instruidos coroneles tal ignorancia, tal orgullo teológico, tal aristotélica presuncion de juzgar lo que no entendian. Y mucho mas en un tiempo en que la Europa toda, desechando los andadores escolásticos, emprendia rápidamente el camino de las ciencias á impulso de la filosofía espermental, y cuando ya existian la Academia de Ciencias de París y la Real Sociedad de Londres. No se desanimaron, sin embargo, y contestaron respetuosamente á tan ridiculos alegatos: «Que, si S. M. fuese servido, se obligarian á llevar á cabo aquel proyecto por su cuenta y por la de algunos amigos y confidentes; y que para su cumplimiento darian un millon de reales de á ocho en fianza, bajo ciertas condiciones

(1) Aunque existe un plano de este proyecto, nos ha sido imposible darlo á nuestros lectores. El mal estado de nuestras bibliotecas públicas dificulta toda tarea literaria; pocas veces se encuentra el libro que se desea, sobre todo si es algo raro, y en esta ocasion no hemos podido consultar la *Memoria* impresa por dichos coroneles, teniéndonos que contentar, para escribir este artículo, con el extracto que de ella hace Campomanes en su *Apéndice á la educacion popular*. Aun así nos ha sido preciso esperar algun tiempo á que pareciese esta obra del ilustrado fiscal, que estaba en la *buhardilla* de nuestra principal biblioteca.

encaminadas a su seguridad, si parecieran convenientes.» Publicaron el mismo tiempo una científica memoria, en la que demostraron la facilidad de ejecutar dicho canal de navegación, remitiéndose a los planos que habían presentado y delineación que acompañaban, y espusieron claramente las utilidades que de su construcción resultarían a la corte, abaratando los abastos, los materiales de construcción y los demás géneros de uso y comodidad: de manera que el negocio se puso en la mayor evidencia, sin riesgo alguno ni contingencia de parte del Estado, puesto que tomaban sobre sí toda responsabilidad sus autores, quienes solo pedían que se les asegurase la observancia de las condiciones que pactasen, cosa que sin pedir la exigía la fe pública, y que los dejasen trabajar sin criticar lo que no entendían.

«Pero cuál pudo ser el asombro de estos dos instruidos militares cuando supieron que para examinar su proyecto había formado la regente una junta compuesta de letrados de todo punto ignorantes de las ciencias exactas? Fueron los nombrados don Francisco Ramos del Manzano, del consejo y cámara de Castilla, bien conocido como jurisconsulto, pero extraño a toda ciencia matemática; don Francisco de Herrera Enriquez, corregidor de Madrid, y don José de Reinalte, regidor de la misma, sujetos muy dignos, pero incapaces de juzgar lo que no entendían. Opusieronse todos ellos al proyecto, alegando las fútiles observaciones que hemos insertado; y en vano fué que los coroneles representasen a la reina la necesidad de que el negocio se remitiese a personas versadas en estas materias, para «que investigasen su proyecto, no como metafísica impracticable ó casi imposible, sino como una sencilla cuestión científica, como lo acostumbraban en reinos y repúblicas de gran gobierno y policía contérmimas a España, y con su parecer resolviese S. M. lo que fuere de mas utilidad a su real servicio y bien de sus vasallos. Y no siendo conveniente, los suplicantes desistirían de hablar mas de ello.» Espusieron del mismo modo que su ánimo era solo dar a entender que la obra propuesta no era descubrimiento de Nuevo Mundo, para que el vulgo ignorante les mortificase con la censura pública de igualarlos a algunos extranjeros que «con falsas inventivas beneficiaban el embuste para sacar los quilates al oro de los pródigios españoles.» Volvieron a repetir en la conclusión para conservar su buena reputación y celo, la utilidad del examen de personas inteligentes «remitiendo V. M. estos discursos a quien, como lo estilaba el emperador Alejandro Severo, se supone estar práctico en las materias que se le consultan.» Nada les valió su elocuencia y conocimiento de la historia antigua; los tiempos de Alejandro Severo habían pasado, y estos beneméritos coroneles vieron desechado su proyecto, y tuvieron que desistir de su idea, que aunque fácil y sencilla, era ya demasiado atrevida para la nación que en otro tiempo había descubierto y conquistado un Nuevo Mundo.

Tal era el estado a que se hallaba reducida esta desdichada monarquía. El advenimiento de la casa de Borbon la dió nueva vida; y aunque arrastrándose por el camino de la civilización, pudo recuperar algo de sus fuerzas perdidas, hasta llegar al reinado de Carlos III en el que apareció ya con nuevo esplendor. Las ciencias cultivadas por Feijóo, Martínez, Bayer, Bocolles y otros sabios españoles, llegaron a su apogeo con la caída del aristotelismo, ese tirano de pergamino que había causado mas males que los tiranos de carne y hueso.

Volvióse a tratar entonces del proyecto de canalización del Manzanares, que por último se emprendió por la compañía Rosi y García, la cual adelantó bastante sus trabajos a pesar de los muchos obstáculos, de la misma naturaleza que los que llevamos citados, que se la suscitaron; lo que prueba que el reinado de la barbarie no había terminado completamente en España.

Hoy vemos por fin concluido este canal; y aunque inútil, debemos mirarle con algún aprecio, como una conquista, mezquina ciertamente, sobre la ignorancia y la rudeza de otros tiempos.

JOAQUIN DE MALDONADO Y MACANAZ.

## DONIZETTI.

El arte musical, y particularmente la música dramática, sufrieron una grande pérdida en el año de 1848. Donizetti murió en Bérgamo el 8 de abril, a consecuencia de una enfermedad larga y penosa. Venido al mundo algunos años despues que Rossini, Donizetti fué al principio uno de los imitadores mas hábiles de aquel génio admirable. Despues consiguió emanciparse un poco de la tutela peligrosa del maestro de Pésaro. Hizo laudables esfuerzos para despojarse de la aureola luminosa que habia alucinado y absorbido su juventud, y acabó por conquistar un sitio muy distinguido entre los compositores dramáticos de nuestro siglo.

Gaetano Donizetti nació en Bérgamo, territorio de la antigua república de Venecia, en el año de 1798. Rossini había nacido en 1792, seis meses despues de la muerte de Mozart. El padre de Donizetti, que estaba en una posición regular, debida al goce de un empleo público, destinaba a su hijo a la jurisprudencia, y le obligó a hacer los estudios necesarios. Hubo entonces entre el compositor futuro y su padre, es decir, entre el instinto de la naturaleza y la autoridad, una de esas luchas fecundas que estallan con frecuencia en la cuna del artista eminente, como si la Providencia quisiera prepararlos de antemano a las luchas que tendrán que sostener algun dia para conquistar su posición elevada. Despues de mucha resistencia y de algunas concesiones recíprocas, obtuvo por fin Donizetti el asentimiento de su padre para escuchar la voz secreta que murmuraba en su corazón. Aprendió los elementos de la música en el liceo de su ciudad nativa. Simon Mayr, célebre compositor dramático que gozaba entonces una reputación brillante, y que en calidad de maestro de capilla de la catedral de Bérgamo hacia prolongadas estancias en este punto, le dió lecciones de armonía y acompañamiento. Preparado ya por los consejos prácticos de Mayr, el joven Donizetti se fué a Bolonia a estudiar el contrapunto, bajo la dirección del abate Mattei y de su discípulo Pilotti, que le sucedió despues en la dirección del gimnasio músico.

Bolonia tenia entonces una ventaja, única en Italia, que era la de poseer una escuela música, un gimnasio municipal donde se habían conservado las tradiciones del gran siglo del arte,

los principios de una enseñanza verdaderamente doctrinal. Habiendo sido arrastrados los conservatorios de Nápoles, Roma y Venecia por la tormenta revolucionaria que había destruido los antiguos gobiernos de la península Itálica, no había mas centro, no había otro santuario en que se pudiera estudiar lo mas absoluto y general de la ciencia música y aprender esas reglas eternas de combinar los sonidos y enlazar las partes, esas reglas que son el fruto diario de la esperiencia y de la razón. Ya no se encontraba en Italia mas que profesores viejos y aislados, y compositores de nombradía que daban lecciones de armonía y de acompañamiento, y algunas nociones leves de composición a los discípulos que iban a consultarlos. Bolonia tenia la honrosa dicha de poseer un hombre muy sabio, que era el referido abate Mattei, discípulo del padre Martini, que nos ha dejado una historia muy buena de la música, y que ha sido el contrapuntista mas afamado del siglo XVIII. El abate Mattei había recibido de su maestro un tesoro de ciencia que se esforzaba en poner al alcance de las inteligencias jóvenes. Atrajo alrededor de su cátedra numerosos alumnos, muchos de los cuales han sido célebres despues, como Tadolini, Morlachi, Rossini y Donizetti.

En 1815 fué cuando Donizetti llegó a Bolonia. Rossini se había marchado mucho antes, y su *Tancredi* que había compuesto en Venecia en 1812, había hecho circular ya su nombre por toda Italia. Despues de tres años de estudios rígidos y profundos, Donizetti se lanzó tambien a la carrera dramático-musical, y publicó en Venecia tambien, en 1818, su primera ópera titulada *Enrico di Borgogna* que fué muy bien acogida. En 1822 escribió en Roma *Zoraida di Granate*, cuyo éxito fué tan brillante, que le valió el honor de ser eximido de la quinta, en su calidad de súbdito austriaco. Tenia entonces veinticuatro años. Recorrió así varias ciudades de Italia, improvisando partituras en todas partes con esa facilidad increíble que poseen la mayor parte de los compositores italianos, y que producen algunas veces obras maestras eternamente admirables como el *Casamiento secreto* de Limarosa, y el *Barbero de Sevilla* de Rossini, pero que, con frecuencia tambien, enervalas organizaciones mas ricas y fecundas. Por fin, en 1831 tuvo Donizetti la buena suerte de hallarse en Milan al mismo tiempo que la Pasta, Rubini y Galli, y compuso para estos tres artistas admirables la ópera *Ana Bolena* que forma época en la historia de su talento.

Efectivamente, *Ana Bolena* es la primera obra de Donizetti en que empezó a revelar algunas ideas originales y ciertos giros de la imaginación, unas veces sentimentales y otras apasionados, que no proceden ya de Rossini. Esta ópera tuvo en Milan un éxito asombroso, a pesar de la presencia de Bellini y del entusiasmo que había escitado su ópera *La Sonámbula*, escrita tambien hacia poco tiempo para Aubini y la Pasta. Bellini y Donizetti se disputaron desde entonces los triunfos.

En 1833, Donizetti estaba en Florencia, donde compuso *La Parisina* para Hunghez, Duprez y Corelli. Volvió a Milan en 1834, a escribir la ópera *Lucrecia Borgia*, en que hay trozos bellísimos y de mucho mérito, y al principio del año 1835 fué a París por primera vez. Ya hacia dos años que Bellini estaba establecido en aquella, y su dulce melopea le había granjeado las simpatías de todo el bello sexo. Donizetti tuvo que hacer esfuerzos inauditos para disipar las prevenciones desfavorables que se habían concebido de su talento. Los artistas en boga entonces que brillaban en el teatro italiano cantando la música de Bellini, opusieron a su rival una resistencia bastante viva, y a pesar de las bellezas tan notables que encerraba su ópera *Marino Faliero*, la cual fué representada en el teatro italiano, no tuvo buen éxito, y Donizetti tuvo entonces que abandonar el campo a su rival, marchándose a Italia sin el consuelo de haber llamado la atención del público mas escrupuloso de Europa.

Se fué a Nápoles a fines del año 1835. Allí encontró a la Persiani, Duprez y Corselli, tres artistas distinguidos, cuyos recursos conocía, y apreciaba su talento. Provido de un libretto interesante se puso a trabajar, y en menos de seis semanas creó una de las partituras mas bellas de nuestra época, la *Lucia de Lamermoor*, su obra maestra, en la que ha puesto toda su alma y ha desarrollado los rasgos mas brillantes de su imaginación sublime. Esta obra obtuvo en Nápoles un éxito prodigioso, que se reprodujo despues en toda Europa.

Donizetti volvió a París en 1840, precedido ya esta vez por la gran celebridad que le había dado la *Lucia*, la cual había sido traducida al idioma francés, y representada en el teatro del Renacimiento. Bellini había muerto despues de haber probado con su ópera *I Puritani*, que su musa elegiaca podía encontrar en casos necesarios acentos mas profundos y variados. Donizetti llevaba consigo tres obras, con las cuales se proponía presentarse de nuevo ante aquel público parisiense tan temible, cuyas simpatías no había podido conseguir en 1835. Las tres obras eran *La hija del Regimiento*, ópera cómica en un acto; *Los Mártires*, cuyo argumento, sacado del *Polyeucte* de Corneille, había sido compuesto en Nápoles para el infortunado Nouvri; y *La Favorita*, ópera en tres actos.

Despues de haberse recreado algun tiempo con el buen éxito de *La Favorita*, se marchó Donizetti a Viena. Escribió para el teatro italiano de la capital del Austria *La Linda de Chamounix*, que hizo furor, y valió a Donizetti el título de maestro de capilla de la corte imperial. Volvió a París en 1843. Apenas se apeó del carruaje de camino, cuando empezó ya a improvisar la deliciosa partitura de *Don Pasquale* para el teatro italiano.

La administración del gran teatro de la Opera se hallaba desprovista de obras, y no sabía cómo empezar la temporada de invierno, que se acercaba rápidamente; se dirigió a Donizetti para obtener una obra nueva. Aceptó la proposición el maestro con la desenvoltura propia de su carácter, y en el espacio de dos meses a lo sumo dió a luz la enorme partitura de *Don Sebastian*. Esta ópera, que tiene algunos trozos de un estilo sublime, naufragó en la escena, tanto por el libreto, que carecía totalmente de interés, como por los incidentes que hubo al ponerla en escena, y la ejecución imperfecta.

Un dia que Donizetti estaba sentado escribiendo uno de los pasajes mas bellos del acto cuarto de *D. Sebastian*, sintió de improviso un sacudimiento terrible, una especie de conmoción eléctrica que alteró todo su ser. Dejó la pluma y le dijo a un amigo que se hallaba con él: *Creo, amigo mio, que ha llegado mi fin. Acaba de suceder no sé el qué en mi cabeza que me anuncia que la máquina está inutilizada.* Este fué el primer

ataque de la enfermedad terrible que le ha arrebatado cuando se hallaba en la plenitud de su talento.

No obstante, hizo todavia un viaje a Viena, adonde le llamaban sus deberes de maestro de la capilla imperial. Allí no tardó en dar señales nada equívocas de demencia. Volvió a París a fines del año 1845, y recorría las calles acompañado por un criado; tenia un aspecto tético, la mirada apagada, la cara de idiota. En el mes de enero de 1846 entró en una casa de curación en Jiry, en la que permaneció hasta el mes de junio de 1847. Fué llevado entonces a otro establecimiento, y de allí pasó a Italia en el mes de setiembre del mismo año. Al llegar a Bérgamo, despues de haber sufrido un ataque de parálisis en Bruselas, fué recibido en su ciudad nativa por su amigo Dolei, que desde entonces no le perdió ni un instante de vista. Un nuevo ataque de parálisis dió fin a su existencia el 8 de abril de 1848, despues de una agonía prolongada.

Así ha muerto a la edad de cincuenta años, aniquilado por el trabajo, y algo tambien por los placeres, uno de los mejores compositores del siglo XIX, el autor de *Ana Bolena*, de *Lucrecia Borgia*, de *Lucia de Lamermoor*, de *D. Pasquale*, de *L'Elersire d'amore*, de la *Favorita*, de *D. Sebastian*, y de otras cuarenta partituras llenas de gracia, de ingenio, de melodías elegantes y de trozos de un estilo elevado y sublime.

Donizetti era un hombre afable, político, complaciente, y de un trato sumamente agradable. Dotado de buena fisonomía, de una estatura aventajada y de un talento bien cultivado, era perfectamente recibido en la alta sociedad, y adorado por los artistas. La familia imperial de Austria le tributaba muchas consideraciones, y el archiduque Carlos le honraba con una adhesión sincera. Acompañaba con perfección y cantaba con un gusto exquisito como cuasi todos los compositores italianos. Se había casado en Roma con la hija de un abogado que le hizo muy dichoso. Perdió a su esposa en 1835, y a un hijo que había tenido de ella. Un hermano de Donizetti, mayor que él, es actualmente el jefe de toda la música militar del imperio Otomano, y reside en Constantinopla.

Las obras de Donizetti han sido tan numerosas como variadas. Ha compuesto misas, cuartetos, cantatas, trozos de canto sueltos, y cerca de sesenta óperas.

## Estadística de las Universidades de Rusia.

Universidad de Charkow: esta consta de 36 profesores y otros funcionarios, 342 estudiantes, (en 1835 obtuvieron grados académicos 98). Biblioteca: en esta hay 31,435 volúmenes, tanto impresos como manuscritos, cartas geográficas, láminas etc. Gabinete de Física: 474 instrumentos y adminículos, 409 modelos, 30 instrumentos de astronomía, 7,340 muestras de mineralogía, 6,462 artículos de zoología. Gabinete de medallas: 49,957 piezas. Colección de Botánica: 11,510 plantas diversas. Gabinete de anatomía: 611 preparaciones. Laboratorio de química: 1,786 instrumentos, 117 de cirugía, etc.

Id. de Dorpat: 68 profesores y otros funcionarios, 567 estudiantes, (en 1835 obtuvieron grados académicos 138). Biblioteca: 60,473 volúmenes, 598 instrumentos de física y 75 de matemáticas, 893 artículos de química, 1,545 de anatomía, 2,949 de zoología, 11,590 de mineralogía. El gabinete de artes 1,430 artículos. Jardín botánico 12,594 plantas.

La universidad de Kasan publica un periódico bajo el título de *Anuncios científicos*.

Kiow 61 profesores y 120 estudiantes, 44,474 volúmenes, 254 instrumentos de física, 49,760 medallas, 19,288 objetos de mineralogía. Gabinete de zoología: 44,790 especies. Gabinete de máquinas y modelos: 2,000, objetos de química Jardín botánico 5,319 especies.

Moscow 120 profesores y otros funcionarios, estudiantes 449, grados en 1835, 180. Biblioteca 50,712 volúmenes. Gabinete de física: 324 instrumentos. Id. de mineralogía 3,800 muestras. Museo de historia natural: 33,266 artículos, 17,627 herbarios. Colección de medallas: 6,289. Astronomía y observación magnéticas: 28 instrumentos. Jardín botánico 3,750 plantas. Laboratorio de química: instrumentos y preparaciones, 12,164. Gabinete de anatomía: 5,737. Piezas de zoología: 299, etc.

Universidad de san Petersburgo. Profesores y funcionarios: 64. Los rectores y decanos se nombran por cuatro años. Estudiantes: 285. Grados: 1,835, 52. Número de volúmenes en su biblioteca 2,185. Número de los objetos, preparaciones, instrumentos y aparejos de varios gabinetes: 181 en el de física: 6,000 en el de botánica, en el de zoología: 9,100, 88 en el de zootomía: 7,857 en el de mineralogía: 295 medallas y laboratorio de química: 975.

## MI PRIMER VUELO A LA CORTE,

6

### AVENTURAS DE UN POLLO DE ALDEA.

NOVELA

POR DON FIDEL GARCIA LOMAS.

(Conclusion.)

Restablecido este, añadió Recio:

—Solo tenía que decir, señores, el nombre del autor de este maravilloso parto de ingenio que tanto ha gustado a Vds. Es el señor don Antonio Benitez, a quien tengo el honor de presentarles como a un protegido de las musas, dijo señalándome con el dedo.

El efecto de estas últimas palabras es indescriptible.

El vecino se separó de mí horrorizado...

El público me miró con estúpida mirada, como si fuese yo algun animal raro.

La señora de la casa, perspicaz, dió fin a esta tirante situación levantándose ligera y animando a todos.

—A bailar, señores, a bailar! Esto produjo cierto movimiento y confusión.

Aprovechéme yo de ello, y a duras penas me levanté del asiento, y con torvo mirar sin duda, y una especie de sed de sangre, fui a buscar a Rico.

Por verme, acercóseme risueño como nunca.

—¿Viene Vd. á por la enhorabuena, pica-rillo? me dijo.

—No señor, contesté secamente; vengo á decir á Vd. que quiero matarle!!!

—¿Qué horror!!! replicó, ¡me da Vd. mie-do!!!

—O á que Vd. me mate.

—No es lo mismo, D. Antonio. ¿Pero qué le ha dado á Vd. que tan sangriento viene?

—Escusemos palabras, contesté: mañana á las once espero á Vd. detrás de la plaza de toros. Vd. llevará las armas que guste y padrinos si los quiere. Dije, y me separé con rapidez.

Hubiera querido entonces mismo batirme; pero preferí ver antes á aquella mujer que con tanto escarnio se burlaba de mí. El rudo golpe que había recibido el amor propio, recorrió el velo que cegaba mi vista, y me esplicó furioso contra ella su estraña y ridícula conducta, que había juzgado antes tan digna de admiración. Por un momento comprendí todo el mal que me hubo causado, y en honor de mi dignidad, debo decir que empecé súbitamente á aborrecerla, con tanta fuerza como la había antes querido.

Nada dormí en el resto de aquella noche, que pasé en calenturienta vigilia, anhelando por que llegase la hora de desahogar la ira en que rebosaba mi ultrajado corazón con aquella mujer, para marchar mas tranquilo después á correr el inminente peligro de una lucha con Recio; es decir, para marchar en busca de noventa y nueve probabilidades de morir contra una de vida.

Dieron por fin las nueve de la mañana y me dirigí conmovido, pero no por afecto alguno tierno ó cobarde, á casa de Teodorinda pensando, si enterada como debía estarlo del lance de aquella noche, habría resuelto negarme la entrada en su casa, ó negarse por su parte á recibirme; puesto que yo creía que tan fatal escena había sido por elladispuesta para romper conmigo indirecta, pero bruscamente.

Mas ni me negó la entrada, ni se ocultó de mí, saliendo á saludarme, serena, amable, con desembarazo, como si nada en fin, hubiera ocurrido. ¡Contraste singular!... aquella mujer criminal, tan serena en presencia mia, agraviado y tan conmovido! El cínico aspecto, así juzgué entonces lo que otras veces creía gracioso, de su fisonomía, me turbó un instante, porque esperaba yo, en vez de tal desenvoltura, encogimiento y súplicas de su parte.

—¿Que hay de nuevo, Antonio? me preguntó: ¿qué tal? hanme dicho que estuvo brillante la reunion de anoche en casa del conde.

—Mucho, señorita, contesté con sarcasmo: y sentí en el alma no ver á Vd. allí para darla públicamente testimonio de mi afecto en pago del que me profesa.

—¿Que es eso? ¿Está Vd. serio? ¿Qué ha ocurrido? Cuente Vd., cuente Vd.

Voy, señorita: y como acusador enconado, referí la ridícula escena de los versos.

—Supongo, me dijo, que Vd. por eso no se alteraría.

—¿Conque no debí alterarme? ¿conque el ridículo no es nada para un hombre?...

—Cuando dicho hombre está destinado á marido, no señor. Sepa Vd. que un marido jamás debe creerse en ridículo.

—Pero, señora, replicó yo con ira y asombro: ¿qué es á los ojos de Vd. un marido? Es un perro? ¿Qué papel le corresponde?...

Por supuesto que hice esta pregunta, no por interés propio ya, sino airada por el giro de la conversacion.

—Oír, ver, y callar, D. Antonio. Esto es lo que un marido debe hacer. Yo veo que Vd. no para serlo vale, puesto que á tan sencilla prueba se irrita; massepá Vd. que un marido de su mujer.

nunca debe irritarse por cosas. La indignacion me impidió contestar; pero seguí contando la ocurrencia hasta venir á parar al desafio.

—¿Y de este final que juzga Vd? añadió luego.

—Vamos, eso me reconcilia con Vd., y debe Vd. darse mil parabienes, y á mí, causa, aunque indirecta, del desafio, las gracias.

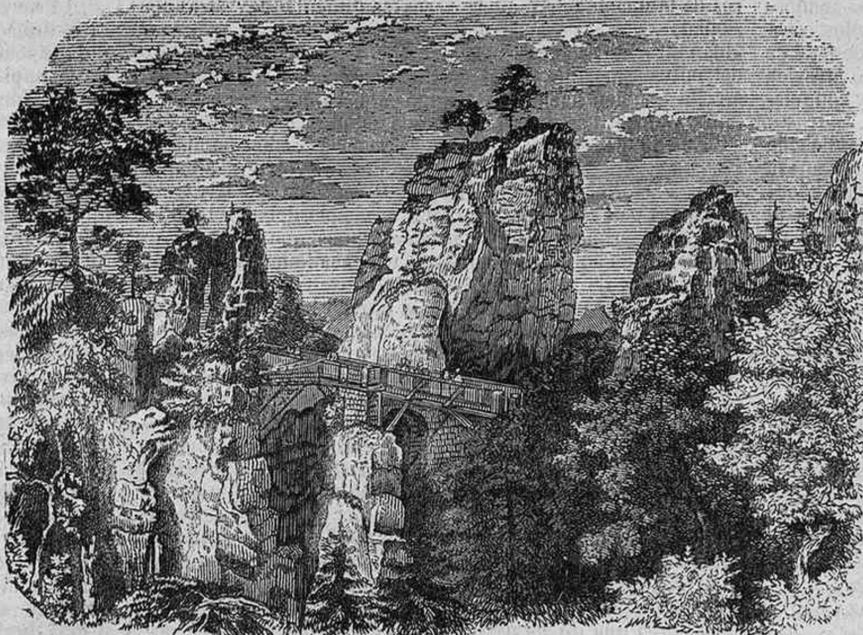
No me quedaba mas que oír. —¿Conque las gracias?... las gracias?... dije entre convulsiones...

—Y qué, me contestó, ¿parece á Vd. poca honra la de batirse con un hombre de los antecedentes de Recio, por su valor de todos conocido y respetado? ¿Parece á Vd. que perderá en ello algo?

No podía mas. Me levanté, y echando fuego por los ojos, la dije que era una mu-



Der Amsellfall (la cascada del Amsel) en la Suiza sajona, Alemania.



La Martertelle, en la Suiza sajona, Alemania.



El Kuhstall (el establo de vacas) en la Suiza sajona, Alemania.

jer... coqueta, rara, caprichosa y ridícula, y que yo había sido un estúpido en quererla.

Cuando mas enfurecido estaba, interrumpíome diciendo con mucha calma:

—¿Sabe Vd., D. Antonio, que no sienta á Vd. mal la espresion de la ira? Bien que, la hermosura especial que en tales casos se nota en casi todos los semblantes, puede consistir tanto como en estos, en la singularidad del afecto que la provoca. Esta es una cuestion de arte.

Vaya, pensé interiormente, si no me voy, la pego... Y me marché sin decir palabra, dirigiéndome al sitio del desafio.

#### CAPÍTULO XV.

DE CÓMO SE PREPARA UNA HISTORIA PARA SU CONCLUSION, CON EL DOBLE Y OBLIGADO REQUISITO DE NOVELA: DE TODASAFIO, Y ALMUERZO.

Salí por la puerta de Alcalá, cansado, porque no se me había ocurrido tomar un coche. Dí vuelta á la plaza de toros, y ví algo lejos parado uno con dos caballos. Acerqueme, y salieron de él tres personas; Recio, Rico, y otro jóven á quien no conocia.

Hizo Recio, después de saludarme, la respectiva presentacion entre el desconocido y yo, concluyendo por decirme que escogiera entre los dos padrinos.

—Echemos suertes, es igual, contesté.

Me tocó el desconocido por padrino.

—Caballero, me dijo, soy de opinion que entre los dos padrinos arreglemos las condiciones del desafio, escepto la de las armas.

—Convenido, repliqué, y que escoja estas el señor de Rico.

—No señor, dijo este, hágalo la suerte. He traído en el coche pistolas, sables, espadas y floretes.

Una armería.

Salieron las pistolas.

Retiráronse á conferenciar los padrinos: acercáronse en seguida, y dijo el mio: la distancia será de treinta pasos; tirará primero aquel á quien le toque en suerte; después su contrario; y si hubiese lugar, se tirarán hasta cuatro tiros (dos cada uno). Caso de que no se den por satisfechos los combatientes, seguirá el desafio con la espada.

Quise oponerme en cuanto á la distancia, porque francamente, obcecado por lo critico de mi situacion en todos sentidos, creo que deseaba morir. A lo menos puedo asegurar que hasta entonces ningun miedo había tenido á la muerte.

Se echaron suertes por la vez tercera, y tocó á mi contrario la de tirar primero.

Midióse el terreno, partiéndose desde el punto en que estábamos, y en direccion opuesta cada uno de nosotros dos, acompañado de su padrino. Contáronse los quince pasos por cada parte, y volviendo los rostros, encontrámonos frente á frente á la convenida distancia. Desviáronse los padrinos, y al seguir al mio con la vista, distinguí á lo largo otro coche parado, pero no me fijé en él.

Con la misma franqueza que he hablado hasta ahora, debo añadir, que cuando vi enfrente á mi contrario con pistola en mano, y oí la primera de las tres palmadas que eran la señal de tirar, empecé á sentir cierto estremecimiento y cerré los ojos.

Luego... á un tiempo mismo... sentí el tiro y un rozamiento en mi cabeza; pero seguí inmóvil y aturdido, aunque sin fundamento. La bala había atravesado y arrojado á gran distancia mi sombrero.

Yo seguí firme. Los padrinos se aproximaron, y me entregaron otra pistola cargada.

Tampoco Recio se movió de su puesto, y pude observar la mayor serenidad en su rostro, y que me miraba con desembarazo, interin le apuntaba. Salió el tiro, y... nada.

—Ya lo preveía, dijo en alta voz: la bala ha pasado á distancia de cuatro varas á mi izquierda.

Diósele nuevamente una pistola. Tenga Vd. la bondad, me dijo, de ponerse el sombrero, pues me sirve de regla para la puntería.

Púsemele: igual que antes: nuevo balazo. Comprendí la habilidad de mi contrario; pero me disgustó su generosidad: propúseme pagársela, y efectivamente, al tocarme el segundo tiro, disparé al aire. Gran disparate, segun luego pensé, porque yo era mal tirador, como debían conocerlo todos. Debo decir sin embargo que no se ridiculizó tal conducta.

—Señores, dijo mi padrino, pareceme que han hecho Vds. tanto, cuanto el honor puede exigir de dos jóvenes valientes.

—Yo no estoy satisfecho, dije.

—Jóven, me contestó Recio con un acento de gravedad no observado hasta entonces por mí, en aquella dura y sarcástica fisonomía; jamás en un compromiso naciente salieron de mis labios palabras de conciliación: jamás capitulé con mis enemigos, y jamás tuve con ellos indulgencia: jamás la demandé vencido, y jamás he temblado ante los peligros. Hoy sin embargo, contra los hábitos de mi vida entera, y contra los sentimientos dominantes en mi corazón, —endurecido con los trabajos y envenenado por la desgracia— propongo á Vd. que cese nuestro combate y que seamos amigos; porque podemos serlo. Y no crea Vd. que es premeditada esta proposición. Muy lejos de eso, tenía pensado dar á Vd., si no una muerte que en mis manos he tenido, una severa lección. Creía ver en Vd. uno de estos adolescentes que pululan mas en Madrid que en parte alguna, y que con pretensiones de hombres formales parodian ridículamente, queriendo imitar las cualidades que en estos se suponen; pretenden hacer en la sociedad un papel que no les corresponde, y en sus acciones todas, en fin, tratan de imprimir el sello de una como madurez anticipada, prueba evidente de que se crían en medio de una sociedad corrompida. Pero he visto en Vd., contra todas mis esperanzas, un jóven valiente, sencillo... demasiado sencillo, para vivir en medio de esta sociedad escéptica, porque es caduca. Nada mas digo por ahora. ¿Quiere Vd. que dejemos el combate en tal estado?

Tanto este lenguaje, como el interés que destilaban sus palabras hacia mí, debieron hacerme aceptar sin humillación lo que se me ofrecía con dignidad; pero estaba alucinado, y con una impertinencia digna de los jóvenes cuyo retrato acababa Recio de presentarme:

—No quiero, le dije. Necesito para mi satisfacción ver correr la sangre.

—Mire Vd., jóven, que no será la mía, replicó Recio con el mismo interés.

—Me es indiferente, respondí con estupidez.

—Pues sea, añadió él.

Los padrinos nos presentaron dos espadas iguales. Pusímonos en guardia, y empezó la lucha. Pronto conocí la superioridad de mi contrario, y noté también aquella generosidad que yo tenía por humillante, puesto que Recio no hacía mas que defenderse de mis imprudentes ataques. Deslum-

brado por los brillos fugaces de las espadas, é irritado de la destreza de mi contrario, no veía lo que hacía, ni me curaba de verlo tampoco, teniendo el solo deseo de herirle ó que me hiriera. Iban pasando varios minutos en tal estado, hasta que furioso yo, me arrojé decidido á matar á Recio, ó á morir en sus manos.

—Imprudente! dijo retirándose un paso con velocidad y

desviando de igual modo mi espada; y al mismo tiempo sentí introdujo por el hombro al nacimiento del brazo la punta de la suya que se me derecho.—Vd. mismo se ha herido, añadió; y continuó defendiéndose.

A pesar de la herida y de la sangre que corría ya por mi pecho y brazo, seguí atacándole.

—Dejémoslo, dijo Recio.

—No quiero, contesté ciego de ira conmigo mismo.

—Pues caerá Vd. al suelo sin lograr su objeto.

Efectivamente, yo seguí dando estocadas como una máquina moviéndose, sin impulso propio, casi sin conocimiento. De pronto siento que me tiemblan las piernas, que mi brazo se debilita, y se oscurece mi vista; y tratando de hacer el último esfuerzo, caí al suelo sin sentido.

No era extraño. La sangre perdida y el cansancio del combate aceleraron la caída de mi cuerpo, debilitado ya por el insomnio de la noche anterior, y hasta entonces sostenido por una especie de excitación febril.

Ignoro el tiempo que así estuve. Tengo una confusa idea de que iba en un coche, y de haber visto enfrente á Teodorinda. Cerré los ojos.

Cuando volví á abrirlos, hallábame en la cama y en mi posada. Al lado estaba el ama de casa y un caballero, médico, por lo que supe.

—¿Qué tal? me dijo.

—Siento, le contesté, un dolor en este hombro, como si trataran de arrancarme el brazo á viva fuerza. ¿Qué hora es? pregunté yo.

—Las tres y media, me dijo.

Recomendóme la quietud el facultativo, asegurándome que no era mi herida de gravedad, y habiendo hecho haciendo varias prevenciones al ama, se marchó.

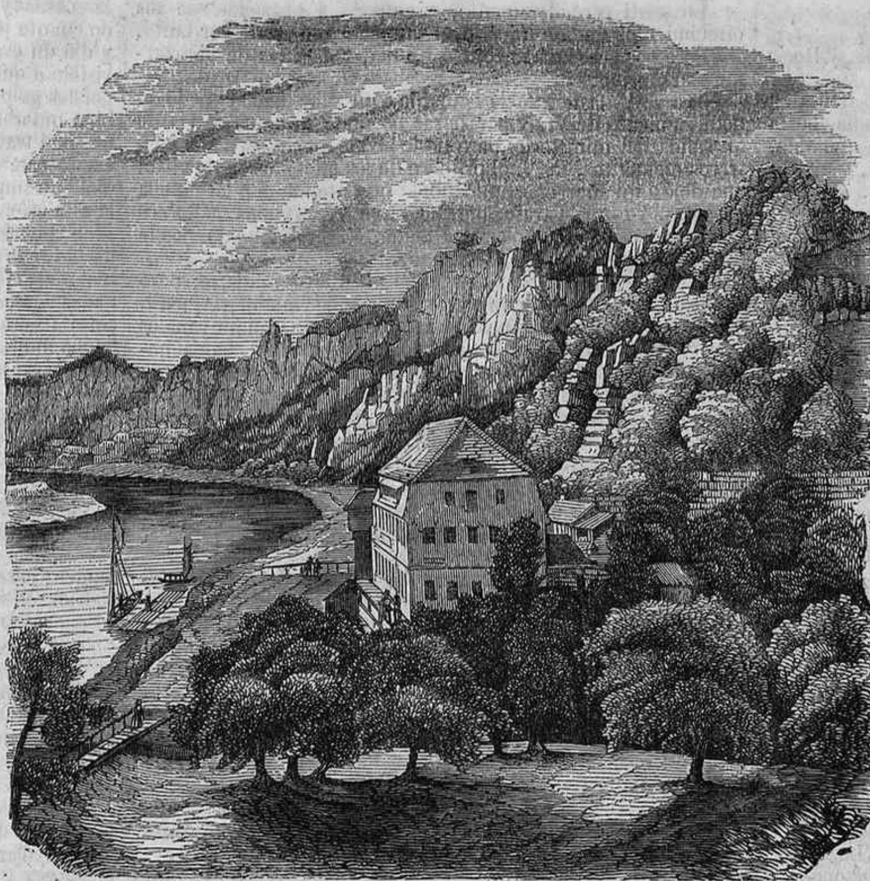
Al otro día, despierto apenas, vi á mi lado á Rico, Recio, y al padrino mio en el día anterior. Yo estaba mejor, aunque con vivísimos dolores. Venimos, dijo mi padrino, á proponer á Vd., pera cuando esté restablecido, el desenlace obligado de la

escena de ayer.

Yo los miré sorprendido.

El sitio, continuó, será la fonda de Lhardi, el campo una mesa, las botellas harán de pistolas, y de espadas los tenedores. No faltarán enemigos. ¿Acepta Vd.?

—Acepto, respondí.



Rathen, paisaje en las márgenes del Elba, en la Suiza sajona.



Iwan el Terrible.—Cuadro del profesor Bahr, en la exposición de pinturas de Berlín.

—Pues aliviarse, y hasta entonces.

Se marcharon.

Rico volvió varias veces durante mi convalecencia, y Recio me hacía dos visitas diarias.

Al tercer día del en que nos desafiábamos, me pasaron una carta. Era de Teodorinda: «Antonio, me decía en ella, hasta los últimos días no había conocido a V. en todo lo que vale. Presenció el desafío desde el principio hasta el fin, y mi corazón seguía todos los movimientos de su espada. Confieso que me había equivocado respecto a su carácter, y veo que V. puede desempeñar más digno puesto que el secundario papel de marido. Para esto, le tenía destinado por cálculo; pero ahora le llama mi corazón para ocupar el distinguido lugar que le corresponde. Deseo ver a V. y hablaremos, y le diré también algo de un matrimonio que me amaga.»

Leí con frialdad esta carta, y la cerré con desprecio. La tempestad ocurrida antes del desafío, arrancó violentamente la insensata pasión que hacía aquella mujer sentía, y la dulce calma de una convalecencia serenó mi corazón, borrando hasta el colorido de los recuerdos. Una sola cosa conservé y conservo como indeleble vestigio de aquellas sensaciones; el desengaño de no tener ya ninguna, según creo. Se me figura que tengo callo en el corazón... aunque.....

Por supuesto que no pensé en volver a casa de aquella mujer, dándoseme muy poco de sus ideas matrimoniales y anticonyugales.

Recio siguió visitándome constantemente, y juntos dimos los primeros paseos de mi convalecencia.

A los quince días, desde el en que nos batimos, y a la hora misma de las once de la mañana, estábamos los cuatro amigos haciendo honor a la habilidad de Lhardy en un opíparo almuerzo que nos sirvió.

No habíamos vuelto a hablar de Teodorinda desde el día fatal de mi herida; pero en este, animados con los vapores del vino, salvamos el terreno neutral, y con la franqueza propia de los que comen en armonía, contamos cada cual nuestra historia.

Resultado: que me espiqué las palabras de doña Lorenza.

Recio dijo que a él le quería, no por sus prendas personales, sino por lo postizo de su reputación y antecedentes aventureros.—Yo, añadió, la trato y trataré con imperio.

Este era el gallo inglés, en lenguaje de doña Lorenza.

Rico dijo a su vez que sin duda por tener de todo, también a él le juraba amor.

Este era el capon viejo.

Yo conté lo ocurrido conmigo. Era el tierno pollo, y como tal, el peor tratado.

—V. es, como otra vez he dicho, muy sencillo, me dijo Recio.

—Señores, pregunté, y sabiendo Vds. lo que es esa mujer, ¿piensan seguir visitándola?

—¿Pues no? contestó Recio: y haga V. lo mismo: no sea V. niño: digo, a menos que de veras esté enamorado de ella.

—Felizmente ya no lo estoy; pero, ¿y si se casara? añadió acordándome de mi escuela.

—Mejor; contestó Recio.

—Mejor que mejor, añadió Rico.

—Sepa V., amigo mío, añadió Recio, que mujeres como esa (y como hay muchas), no mudan de vida ni cambiando de estado; y un marido, cuando no un estorbo, es a sus ojos un mueble poco más ó menos.

Con esto acabé de comprender el papel que me tenía reservado Teodorinda, y me indigné más de vergüenza.

Concluyó el almuerzo, vínculo de nuestra amistad, y Rico propuso otro segundo para el domingo inmediato, citándonos a las doce de la mañana en Aranjuez, y en la fonda misma donde les había sucedido el chasco de que he hecho mención.

Nuevos lances ocurrieron allí para coronar dignamente la comedia que se venía representando. Debía trascorrir toda una semana, porque estábamos en lunes.

Llegó por fin el día señalado, de toros por cierto en Aranjuez, y a la hora convenida hallámonos reunidos los cuatro amigos, que desde el lunes último no nos habíamos visto.

#### CAPITULO XIV.

EN DONDE SE CONCLUYE EL RETRATO DE UN MINISTRO Y LA PRESENTE HISTORIA, CUYO NARRADOR SE DESPEDIÓ CORTESMENTE DE SUS LECTORES.

Una dulce tristeza se apoderó de mí después de la borrascosa escena que provocó el desafío.

Estaba triste, porque recapitulando mi conducta y acciones desde mi venida a la corte, encontraba haber faltado a mi deber como hijo de unos padres cariñosos.

Y era dulce mi tristeza, como lo es por necesidad el estado de un hombre criminal después de la expiación de sus faltas.

No me olvidé sin embargo, en medio de mi felicidad, del objeto principal de mi viaje, y por tercera vez me había presentado al ministro don Agustín Intriga. Habíame recibido amable como la segunda y la primera, y me despidió cariñoso como la primera y la segunda; pero me despidió sin más que ofrecimientos, como id. de id.

No podía yo creer que faltase a su palabra, tan formal y repetidamente comprometida, un hombre que era nada menos que un ministro, y que cumpliéndola, no hacía sino pagar, agradecido, una deuda anterior, origen tal vez de su fortuna.

Desembarazado ya de mis amorosos devaneos, consagréme por entero a obtener mi colocación, menudeando las visitas al ministro só pretexto de, que sus muchas ocupaciones disculpaban que de mí se olvidase, si con frecuencia no me presentaba a sus ojos.

Era la última salida que, en mi concepto, quedaba a aquel buen señor.

Hicéle varias visitas, y en todas me protestaba sus buenos deseos con un ardor que no había más que pedir. En la última me dijo estas palabras: «Amigo Benitez, he faltado con V. hasta hoy, efecto de mismuchas ocupaciones; pero aunque tarde subsanaré mis faltas. Cuatro días, solos cuatro días le pido de tregua para salir de mi compromiso, y al quinto prométele haberlo conseguido.»

Yo le creía a puño cerrado como suele decirse; pero interpreté mal sus palabras. Al cuarto día cayó el ministerio.

Lo sentí verdaderamente, y empecé a sospechar de los ofrecimientos de don Agustín, renunciando a verle por tanto. Pero por acaso me encontré un día, y después de abrazarme con efusión:

—Ya ve V. la desgracia ocurrida, me dijo; hecho quedó el nombramiento de V., y por horas no pudo firmarse antes de mi salida del ministerio: pero no le olvidé en aquellos mis posteriores momentos. Es V. el primero de los anotados en una lista que dejé a mi sucesor, suplicándole que atendiese a los en ella inscritos. Yo no le trato, porque ya ve V., estamos mal. Pero no hay necesidad de molestar a nadie. V. será atendido por lo bien preparado que dejé el terreno.

También le creí. No conocía yo al nuevo ministro: pero gracias a otro amigo de mi padre, pude saber que don Agustín Intriga había en sus últimos momentos (porque son muy malos para ciertas personas los de una agonía ministerial), había hecho lo que se llama un testamento, nombrando empleados de su devoción a troche y moche. Esta palabra testamento, y la costumbre sobre todo, me hicieron formar triste idea del ministerio. Intriga había dejado además (hidrópica sed de influir tan consuetudinaria por esta tierra) un codicilo, ó sea misas para las ánimas—pobres cesantes y sujetos dignos a quienes sentó en una lista, que efectivamente recomendó a su sucesor... ¡Como si este no tuviera bastantes a quienes atender por cuenta propia!...

Pero de mí no se había ocupado, ni en el testamento ni en el codicilo. Estaba de hecho preterido.

Un empleado, aunque no muy viejo, jubilado ya, no tanto por sus muchos servicios cuanto por su mucha maña, hombre enterado en los misterios de todas las oficinas y la biografía de todos los grandes personajes—y que, gracias a su posición independiente y asegurada, tenía, de lo cual él mismo se jactaba, el derecho de decir mal de todo el mundo impunemente; ocupación que por ser única, llevaba a maravilla—me encontró un día, y refiriéndome mis esperanzas y desengaños:

—¡Bah!... me dijo con maliciosa sonrisa, ni hubiera Vd. tenido esperanzas un día, ni desengaños hoy, si hubiese, como yo, conocido al señor don Agustín Intriga.

—Pero ese faltar a sus palabras, esa inconsecuencia en un ministro...

—¿Vd. sabe sus antecedentes? me replicó.

—No señor.

—Escuche Vd. pues dos palabritas de su biografía, y verá Vd. cómo en la conducta de D. Agustín no falta lógica. Empezó su carrera administrativa siendo escribiente de una oficina en la capital de su provincia. Ganaba cinco reales diarios. Nada probaría esto si sus ascensos hubieran sido buenamente adquiridos. Sería mérito mayor elevarse desde tan bajo. En aquella oficina se dirigían en otro tiempo las elecciones para diputados a Cortes, y D. Agustín Intriga se enteró muy bien de los hilos de aquella trama y cogió sus puntitas. Un tiempo vino después en que nadie quería ser diputado:—¿qué diferencia, eh!—porque no era la diputación en España entonces como hoy, una especie de cardenalato en Roma; era un puesto lleno de peligros é inconvenientes, merced a las azarosas circunstancias de la época. Los hombres de fortuna se abstenerían todos de aventurarla, lo que prueba que el patriotismo en España está detrás de la riqueza, si ya no ha sido un medio de adquirirla. Aprovechóse D. Agustín de las circunstancias, y como no tenía que aventurar otra cosa que el sueldo, echó a volar su nombre en una candidatura. Y salió diputado. No gastó mucho tiempo en arreglar sus asuntos en la provincia; empaquetó su persona en un carromato,—tampoco había entonces diligencias—y confundido con unos cuantos fardos de arroz, entró, sin miedo en el corazón, en esta heroica villa, presentándose con la misma tranquilidad que aquel que se hace la cuenta de *omnia mea mecum porto*. Y no le valió tan poco para acelerar su viaje de ascenso esta ligereza personal, pues desembarazado de estorbos, sin las trabas de bienes que perder, ni familia a quien comprometer, lanzóse en las intrigas, y fué ascendiendo de todas maneras. Afortunadamente desapareció el peligro que amenazaba tanto a D. Agustín como a todos los que se hallaban en su caso por ser diputados; y restablecida la calma, pudo disfrutar tranquilo la pesca que había adquirido a río revuelto. No estaba sin embargo su ambición satisfecha, ni la tranquilidad nacional duró mucho tiempo. La lucha es una necesidad vital en las sociedades, como consecuencia forzosa del principio de actividad en los individuos. Victorioso el gran partido a que pertenecía D. Agustín, y compacto hasta vencer a su contrario, dividióse luego al repartir la presa. Aparecieron varios colores en una misma bandera, y empezó otra guerra, aunque no de bayonetazos ni cosa tal. Esta le gustaba a D. Agustín. No se declaró partidario de ninguna fracción en particular; es decir, en términos propios, que ni se declaró progresista, ni moderado, ni puritano, ni de ninguna de las fracciones en que se había dividido el gran partido liberal. D. Agustín estaba a la espera, y cuando veía pasar una buena pieza echábalas mano si podía cogerla al vuelo. Ya todos querían ser diputados, y desde entonces se ha desarrollado ese furor patriótico de servir al país sin sueldo. D. Agustín continuó siéndolo, é inclinóse siguiendo la corriente hacia la gran familia moderada, aunque con la política de no declararse de ninguna de las fracciones en que esta se dividió a su vez. Tan pronto era devotísimo ministerial, cuanto acérrimo opositor, según las probabilidades de triunfo ó de derrota en las personas, porque en España ya no hay partidos sino personas ministeriales, y también según el favor que dispensaban a la suya.

—Lema de D. Agustín. «Oposición a muerte a todos los ministerios que tuvieran el buen sentido de no valerse de su persona.» A veces tenía que obrar según otras circunstancias no políticas; porque, amigo, en este Madrid hay muchos gastos, fondas con provocativos manjares, teatros con espectáculos encantadores, elegantísimos vestidos de mujer en la calle del Carmen, y ya ve Vd. que una señora diputada!...—el género femenino va tomando mucha influencia en España—no es cosa de que gaste un vestidillo de seda española; son estos secretos impulsos, pero rebeldes a veces, no siendo posible que logre siempre dominarlos el superior del celo patriótico. Ocurrió un día un conflicto que hizo honda brecha en el ministerio, no tanto por culpa de este, cuanto por la de sus delegados, y por la fuerza de las circunstancias. Pero D. Agustín que conoció que esta cuerda había de vibrar con fuerza en los corazones de los muchos que no discurren, ó que no ven bien

las cosas (y son los mas) puso el grito en el cielo, y retorciendo cuanto pudo el alma ministerial, hizo bambolear el cuerpo, y dió un escándalo parlamentario. Un escándalo hace siempre visible a quien le provoca. Cayó el ministerio aquel, no tanto por los golpes de D. Agustín, cuanto por su propio peso. También mueren de apoplejía los ministerios. El que sucedió al tan mal tratado por don Agustín, no se olvidó de lo que era capaz este señor, y mas por precaución que por gratitud, dióle un importante puesto. Ya D. Agustín adquirió lugar en la alta esfera, y solo faltaba una buena circunstancia para lograr convertirse de simple, aunque luciente estrella, en una *de las siete cabretillas*. A veces para sostenerse el cuerpo ministerial, efecto de las peripecias no políticas, necesitanse cualidades especiales en alguno de sus miembros, y como D. Agustín era hombre capaz de todo, y a todo dispuesto, hétele aquí hecho ministro *ad hoc*; pero ministro. No todos lo hubieran sido, porque casos hay también en que por mas que se quiera no pueden conciliarse los deseos con ciertos respetillos de opinión, que nunca abandonan a los hombres públicos. Llegó al último escalón de su carrera dando un salto, como lo dió para subir al primero. Ya ve V. como le dije que no era ilógica la conducta de D. Agustín; y concluyo advirtiéndole, por si quiere continuar pretendiendo, que en España hay muchos Agustines, muchos, muchos....

—Demás está el consejo, ¡contesté; porque no pienso pretender; pero me alegro haber sabido esas noticias, que al cabo podrán en cierto modo servirme de justificación para con mi padre.

Con esto me despedí de aquel jubilado precoz.

Volvamos ahora a Aranjuez.

Como antes he dicho, a las doce de la mañana de un domingo, día de toros en Aranjuez, nos hallábamos en una sala de la fonda donde había ocurrido el chasco a Rico y sus amigos; este, Recio, mi padrino en el desafío, y yo.

Salió un mozo, el mismo según nos dijo Rico que les había asistido el día del chasco. Este se dirigió a él.

—Diga Vd., mozo, ¿qué tal está el ama de la fonda?

—Caballero, la fonda es de un señor, aunque viejo, soltero.

—Cómo! replicó, ¿pues no fué Vd. mismo quien se presentó acompañado de una señora que dijo ser el ama del día?...

—Sí señor, dijo el mozo sonriendo; pero no era tal ama: ni la conocía yo: entró aquí en el día aquel, momentos antes que Vds.

—Mozo, me dijo poniéndome una moneda en la mano, unos caballeros que vendrán al instante, tal vez preguntarán a Vd. por mí; necesito pasar por ama de esta fonda: y el señor,—senalando a un joven que venía con ella—por hermano mío. Si preguntan me llama Vd. y déjeme hacer. Como yo nada perdía, hice lo que me mandó.

—Ahora sí que es doble el chasco, dijo Rico; y me alegro haberlo descubierto el primero entre los amigos de aquel día. Al periodista Gutiérrez le vendrá bien, pues puso una gaceta con tal motivo, y ahora pondrá una segunda.

Celebrando estábamos esta jugada femenil, y alegremente entretenidos con tenedor en mano, cuando entró por la puerta de frente, con sorpresa de todos cuatro, Teodorinda cogida del brazo de un hombre.

La pareja no podía ofrecer mayor contraste.

El hombre que venía con ella representaba unos cuarenta años.

Era alto y seco de cuerpo, a la inglesa.

Ni pardos, ni rojos, ni negros, pero inmóviles, unos ojos, a la inglesa.

Del color de los ojos, unas foscas patillas, a la inglesa.

Cayendo inertes a los costados, unos brazos, a la inglesa.

Ceñidas con un pantalon largo y estrecho, mas largas y mas estrechas que el pantalon, unas piernas... a la inglesa.

Digno remate de la pierna, un pie... a la inglesa.

Como una grande tijera de sastrer, un corbatín... a la inglesa.

Unos tremendos foques... a la inglesa.

Un sombrero correspondiente... a la inglesa.

En la mano unos guantes de seda... a la inglesa.

Su traje todo negro... a la inglesa.

Lo espetado en fin de este personaje, su desairada facha ó indefinible fisonomía, hubieran denunciado a un hijo moderno de la antigua Albion. Era un inglés efectivamente.

Como si fuera por un resorte movido, adelantóse del brazo de Teodorinda que, al vernos, se puso risueña. Levantámonos cuando se acercaron. El inglés no se detuvo, sino que hizo alto.

—Señores, dijo Teodorinda, tengo el gusto de presentar a Vds. a mi esposo mister Moke. Y se quedó satisfecha observando el efecto de su sorpresa.

Hicimos una cortesía; pero mister Moke no se movió. Mirónos sí, con la misma indiferencia que si hubiera mirado a una silla; pero la vista de los manjares dió brillo fugaz a sus ojos, y dijo a Teodorinda en mal español que quería comer.

Los ingleses son muy francos.

Estaba yo considerando que la Providencia había juntado aquellas dos estremidades humanas.

Mister Moke comió como un verdadero inglés, es decir, que comió por cuatro españoles de buen estómago. No hablaba palabra mientras comía. Sabido es que los ingleses son partidarios decididos del principio de la división del trabajo; cuando a comer... a comer.

Teodorinda nos contó que era viudo, muy rico, y que le había conocido en sus viajes a Italia.

Como viudo, como rico, y como inglés, era una especie de juicio errante, sin mas ocupación que viajar; era un cosmopolita.

El padre de Teodorinda había concertado el matrimonio de su hija con mister Moke, y esta que ya le conocía, no tuvo inconveniente en darle su mano a condición de que, recién casados, irían a Italia y visitarían los alrededores de Terracina.

Mister Moke accedió. Todo por cartas. Mister Moke acababa de llegar aquella mañana de Rusia; casóse en Madrid a las once, y vino a los toros de Aranjuez, que eran a las tres. Concluida la comida sonó esta hora, y mister Moke habló la primer palabra.

—¡Irg nosotros a los torrros.

Concluyóse la corrida, y mister Moke declaró á misteris que estar muy cansado y que él dormía en Argangüez.

Mistris (Teodorinda) dijo que ella iba á dormir á Madrid, y puesto que tenía aquellos amigos iría en su compañía.

—Good (bueno), contestó mister Moke: y se fué á la fonda, y su mujer al embarcadero.

Al día siguiente, segundo de casados, debían partir, mister á Londres, y misteris á París, donde se reunirían despues para ir juntos á Italia. Era un matrimonio de esperanzas. Marido digno de tal mujer; mujer acreedora á tal marido. Como era viudo, y contó Teodorinda lo de Italia, recordé si sería el inglés á cuya esposa había cortado la cabeza Colconti.

Doña Lorenza á pesar de sus nervios abandonó el estado honesto también, elevando á la categoría de esposa á Mingo Arias, que empezó á llamarse don Domingo de Ariaste. Pensó también doña Lorenza pasar viajando la luna de miel, y como era asturiano cerrado llevó á su esposo á Andalucía, á ver si con el cambio de aires cambiaba siquiera de acento.

Rico piensa, según tengo entendido, aprovechar los vientos que corren, y si soplan fuerte amañar y meterse fraile. Aunque con sus vanidosas pretensiones, tiene el talento de conocer con un convento es el punto mas á propósito para la vegetación de las plantas ineficaces. Allí se recoge todo.

Recio, apesar de que su vida en la corte no es tranquila, siente sin embargo necesidad de mas movimiento, y de peligros sobre todo. Está esperando que haya guerra, aunque sea en la Persia, para irse á vivir en su elemento. Puede que un día te cuente su historia, que no deja de ser interesante. Somos muy amigos, y la he oido de su boca.

Yo, como al principio te dije, marcharé pronto á mi pueblo. Creo que mi noviciado en la corte ha sido instructivo. Una honda brecha en el bolsillo paterno, y una herida aunque cicatrizada ya, en mi corazon, me parecen bastante pago á algunos desengaños que llevo, y algunas ilusiones que acá quedan.

Tal fué la historia que me contó mi amigo. A los tres años desde el día en que nos separamos me escribió desde su pueblo una larga carta que podría ser el epílogo: pero supongo á los lectores cansados, y me abstengo de mostrársela.

## EXTRACTO DE LAS CRONICAS

### DE HALIB-EFFENDI-KIABIB-OGLOU.

DEPOSICION DE SELIM III, EN JUNIO DE 1807.

Desde el reinado del emperador Abdul-Aamid, queria ya reformar, aunque lentamente, la Sublime Puerta á los genizaros, y formóse al intento una nueva milicia á manera de francos, con autorizacion de los jefes de la ley. Ascendió esta milicia, llamada *nizam-djédid*, á unos 30,000 hombres; pero la mayor parte perecieron en las guerras contra Passwan-Oglon, y los bajás sublevados de la Romelia. Su comandante general, su secretario y tesorero, eran miembros del divan imperial.

Pacificada en seguida la Puerta, creyó que había llegado el momento de ejecutar sus designios, y ordenó á Mahmoud-Effendi y á Indjé-Bey, inspectores generales del Bósforo, y á Hasseki-Halil-Aga, otro jefe superior, que tomasen las providencias necesarias para obligar á los genizaros de las guarniciones de los catorce castillos de aquel canal á vestir el uniforme del *nizam-djédid*.

Reuniéronse á conferenciar los tres funcionarios. Indjé-Bey dijo que de ningun modo se mezclaría en aquel negocio; y Hasseki-Alil-Aga lo tomó solo á su cargo; un soldado genizaro llamado Kabakchi-Mustafá escuchaba oculto esta conferencia.

Avisó el genizaro á los compañeros de su *orta*, y en pocas horas se derramó la noticia por todas las guarniciones del canal, que miraron semejante medida como un ultraje hecho á la fé y honor del cuerpo.

Presentóse entonces Hasseki-Halil-Aga en el campo de *Mandjar*, y en un instante fué asesinado á tiros por los descontentos. Quiso escaparse, en vista de la revuelta, Mahmoud-Effendi; pero le habían cortado ya el paso, y tuvo igual suerte que el primero. Solo Indjé-Bey pudo salvarse, porque no habiéndose querido encargar de la comision del divan, le dejaron paso libre.

A pesar de su desacato, envió la Puerta el estado mayor de los genizaros, para que los apaciguase y llamase al órden con dulzura; pero este estado mayor estaba secretamente de acuerdo con ellos.

Decidióse pues en la entrevista de los genizaros con sus oficiales, que los acompañarían estos á Constantinopla, para abolir la milicia *nizam-djédid*, y matar á sus partidarios por haber introducido en el imperio Osmanh las costumbres de los infieles, y propúéstose echar abajo á su mas firme sosten. Convenciónese sin embargo de que era preciso llevar á cabo sus intentos, sin azorar á la capital, y pronunciaron un juramento bajo la siguiente fórmula: «Téngaseños por haber renegado del santo profeta, y haber abrazado la ley de Moisés, ó admitido en nuestra creencia á muchos dioses, no habiendo mas que uno solo verdadero, si dejamos de respetar la vida y bienes de todos los habitantes de Constantinopla, escepto los miembros del divan nuestros enemigos y de la santareligion. El filo del alfanje castigue al perjuro si alguno de entre nosotros hubiese que faltase á su promesa!» Nombraron en seguida tres jefes, y el primero á Kabakchi Mustafá; desplegaron sus banderas, y tomaron reunidos el camino de la capital, dejando en cada uno de los castillos solos 40 hombres de guarnicion. Los tres jefes elegidos por sus propios compañeros, oficiaron á los genizaros de Scútari, Tersana, Pera, Galata y Bechik-Tache, convidándolos á unirse con ellos en la demanda.

Como Sultan Selim no tenía tropas á la sazón que oponerles, espidió un *batte-scheriff* aboliendo la milicia *nizam-djédid*, y comprometiéndose á mantener los privilegios de los genizaros: orgullosos empero los sublevados, rasgaron el sagrado decreto, devolviendo sus pedazos al palacio imperial. Tras semejante insulto dejaron un grueso de ellos en Trop-Kané, y entraron los demás en Constantinopla.

A su llegada hicieron pabellones en la plaza de At-Meidan,

y llamaron á todos los genizaros de los diversos cuarteles de la capital, y á los soldados de marina y sus oficiales.

Llamaron también al mufti y á los dos *Kazy-askiers*, que al instante obedecieron. Kabakchi-Mustafá preguntó en nombre de los genizaros al mufti: —¿Existía la milicia *nizam-djédid* bajo el glorioso reinado del sultan Mohammed el conquistador? ¿Pueden sentar bien á los osmanlis el uniforme y disciplina de los infieles?

Lleno de miedo el mufti dió la razon á Mustafá. —¿Por qué tanto lujo y tan escandaloso en los ministros y grandes, mientras la mayor parte de los ciudadanos llevan una cuerda por cintura? ¿Por qué para aquellos tan opípara mesa mientras que el pueblo tiene apenas que comer? ¿No lo ha causado la corrupcion de los francos, introducida por los *nizam-djédid*?

Y el mufti lo aprobaba. —¿No existe Dios para todas las naciones? Pues si existe, ¿por qué hace comer el divan un pan tan malo á las 72 naciones que habitan en Constantinopla? ¿No es justo matar á los hombres que de este modo abusan de su padre?

El mufti temblando respondió que era justo.

—«En este caso, danos tu sentencia jurídica.»

Escribió entonces el mufti un fetva, condenando á muerte al *kyaia* del gran visir, al *reis-effendi*, al *Rostangi-bachi*, á *Yousouf-Aga*, antiguo intendente de la sultana *Validé*, á *Abdallah-effendi*, secretario particular de su alteza, al inspector general de las provisiones públicas y á otros tres funcionarios; además á *Mahmud-effendi* y á *Hasseki-Halil-Aga* que en el Bósforo habían quedado asesinados.

Con este fetva fueron en busca de los condenados, y se ejecutó la sentencia, cortándoles la cabeza y esponiéndola al público.

Intimaron en seguida al sultan Selim que abdicase la corona en favor del sultan Mustafá. El mufti, como magistrado, objetó que era preciso que hubiesen muerto doce mil genizaros bajo el reinado de Selim para estar fundada su demanda. Kabakchi respondió:

—«Selim no ha tenido sucesion en los diez y seis años que ha ocupado el trono, y por lo mismo debe dejarlo. Noventa mil genizaros, además, han muerto en el campo de batalla en guerras injustas y mal dirigidas. Otros treinta mil murieron en Homelia por las revueltas introducidas á causa de los *nizam-djédid*. La demanda está pues fundada: pedimos la sangre de ciento y ocho mil hermanos nuestros.»

Declaró entonces el mufti que pedían en derecho, y al instante proclamaron emperador á Mustafá. Hízose el nuevo sultan acompañar por Kabakchi á la mezquita, le colmó de riquezas, le nombró *bimbachi*, y regalóle un sello por cuyo medio pudiera comunicarse con él siempre que gustare. Los otros dos jefes fueron igualmente ascendidos, y entre los tres se repartieron el mando del Bósforo. Confiscáronse los bienes de los condenados en favor del tesoro imperial, y la milicia *nizam-djédid* quedó abolida de hecho y de derecho, entregándola á la maldicion pública.

MUERTE DE SELIM, Y EXALTACION AL TRONO DE MAHMUD.  
(JULIO DE 1808.)

Miraba Mustafá bajá, conocido por el nombre de Mustafá Bairactar, como funesta al imperio la revolucion que había puesto en el trono al sultan Mustafá, y deseaba que subiese otra vez Selim, cuyas virtudes veneraban todos los buenos Osmanlis. Al intento, púsose al frente de 15,000 hombres, pasó á Andrinópolis, y tuvo varias conferencias con el gran visir.

Decidido aquel ministro á seguirle, se dirigió aquel hácia la capital; pero antes destacó un grueso de su ejército para situar á Kabakchi en el castillo de *Tanaraki*, cuyo mando tenía. Despues de sucumbir algunos centenares de genizaros en la defensa, se rindió el castillo, como igualmente todos los demás del canal, y la cabeza de Kabakchi fué enviada á Mustafá-Bairactar.

Solo con 4,000 hombres entró en Constantinopla, llevando el estandarte sagrado, y se instaló con ellos en el palacio del primer ministro. Reuniósele el comandante general de marina con 7,000 infantes, y seguro de su empresa con tal refuerzo, llamó al mufti, á los *cazi-askiers* y principales *mollahs*, al agá de los genizaros y otros funcionarios. Quitó en su presencia al gran visir el sello del imperio, é intimó al sultan Mustafá que cediese el puesto al sultan Selim, su tío y legítimo emperador.

Pidió el sultan Mustafá una hora de tregua, que tuvo Bairactar la imprudencia de concederle. En este intervalo mandó Selim á *Kislar agassi* (jefe de los eunucos negros) que asesinase secretamente á Selim, y sus órdenes quedaron ejecutadas.

Dirigióse entre tanto al serrallo Bairactar con sus tropas, y pasada ya la hora de tregua, forzó las puertas del interior recinto, y apareciósele, sangriento aun, el cuerpo de su dueño y bienhechor. Lloró sobre sus restos mortales, depuso al sultan Mustafá, y proclamó emperador á su hermano Mahmoud, que dichosamente reina hoy día.

El jefe de los eunucos sufrió el castigo de su crimen junto con los demás sacrilegos regicidas. Al mufti y al gran visir se les condenó á morir ahogados como traidores.

Nombrado Bairactar gran visir, por la gracia de su nuevo señor, convocó al instante un divan extraordinario de los principales bajás, ayans del imperio, *mollahs*, consejeros, intendentes y demás nobles funcionarios, para tratar con ellos de estirpar los abusos de los genizaros. Trabajóse desde aquel día seriamente en reformar y destruir la insolente prepotencia de aquella milicia, que debiendo ser escudo del pueblo Osmanli, según las intenciones de su fundador, era por el contrario su mas cruel azote.

Pero no había reservado Dios la gloria á Bairactar de la consumacion de tan grandiosa reforma, porque no tardó en perder la vida en otra revolucion militar.

### NOTICIA SOBRE EL DUQUE DE CHOISEUL, MINISTRO DE LUIS XV.

Si hubo en el siglo XVIII un ministro capaz de sostener el trono vacilante de Francia, y de volver á levantar la influencia diplomática del reino, fué únicamente el duque de Choi-

seul. Nacido en la provincia de Lorena, de una familia adicta al duque Francisco, que fué despues gran duque de Toscana, esposo de María Teresa de Austria y emperador de Alemania, el duque de Choiseul entró al servicio de la Francia, recibió el mando de un regimiento de caballería, y fué designado, en octubre de 1756, para desempeñar las funciones de embajador de Francia en la corte de Viena. Al año siguiente fué llamado á Versailles, y le nombraron ministro de Estado en lugar del abate de Bernis. Cuatro años despues cedió la cartera de Estado á su primo el duque de Praslin, para reunir él las de Guerra y Marina, y sin tener el título de primer ministro desempeñaba este cargo.

Desde el año de 1763 hasta el de 1770 el ministerio del duque de Choiseul fué señalado por reformas importantes en el ejército, por la construccion de una flota de 114 buques de guerra, y por una actitud enérgica con las potencias extranjeras, harto dispuestas á hacer poco caso de la Francia desde los tratados que pusieron término á la guerra de siete años. Los esfuerzos del duque de Choiseul le granjearon la confianza de su rey, y el sufragio de la opinion pública. Todos elogiaban al ministro: los parlamentos, porque les reconocía el derecho de reclamacion en materia de impuestos; los literatos y filósofos, porque los protegía sobre manera; la nacion en masa, porque se consagraba á sostener la dignidad y los intereses de la Francia.

A pesar de tener el apoyo de la opinion pública, que parece debería hacer omnipotente á un ministro, el duque de Choiseul sufría contrariedades en el ejercicio del poder. Una de las mas fuertes fué la entrada en el ministerio de dos personajes que le inspiraban una viva antipatía: eran el canceller Maupeou y el abate Terray, contralor general de hacienda, los que le obligó el rey á tomar por cólegas. El primero era un hombre de una voluntad enérgica, que sabía unir una flexibilidad extraordinaria á una dureza sin igual. El segundo era de una inclinacion viva, que concebía con prontitud, trabajaba bien y con rapidez, pero tan implacable como puede serlo un hombre amenazado de perder su empleo si no sabe encontrar dinero.

Estos dos hombres no fueron los únicos enemigos del duque de Choiseul. En 1763 introdujo Luis XV en Versailles á su última querida, la condesa Dubarry. La historia de la vida anterior de esta mujer, y la causa de su ascendiente sobre el monarca dieron lugar á canciones y epigramas bastante picantes.

No conociendo la condesa á nadie en la corte, y dudosa sobre la duracion del amor del rey, buscó la alianza del ministro; pero este se la negó secamente. Entonces, herida en lo mas profundo de su amor propio, se reunió á un triunvirato compuesto del canceller Maupeou, del contralor-general Terray, y del duque de Aiguillon, sobrino del mariscal de Richelieu y heredero de la duquesa de Aiguillon, sobrina favorita del cardenal de Richelieu. El duque de Aiguillon y sus dos asociados aspiraban nada menos que á derribar al duque de Choiseul, cuya influencia aborrecían tanto como su persona. Hallaron en la condesa una auxiliar decidida, ardiente, que podía, gracias á la dignidad de que se había revestido, insinuar á cada momento en el corazon del rey el odio á su ministro.

Parece que el duque de Aiguillon eligió mal el momento para desear subir al ministerio. El parlamento de Rennes le había acusado en 1764 de haber violado los privilegios de la Bretaña siendo gobernador de aquella provincia, y había empezado á perseguirle; Luis XV, débil siempre con los que le rodeaban, prohibió al parlamento de Rennes que continuara sus procedimientos contra el duque. El parlamento, no obstante, despreció las repetidas prohibiciones del rey, y entonces el monarca mandó llevar la carta ante el parlamento de París, como Cámara de los pares; pues siendo Aiguillon par de Francia, solo ella podía juzgarla. El rey deseaba que fuera proclamada la inocencia del duque de Aiguillon, y creyó que hallaría en París jueces mas dóciles á la voluntad real; pero se engañó. El parlamento, escitado por su sistema de oposicion, cuyo origen no es propio describir en los limites reducidos de este artículo, siguió las actuaciones con mas ardor y parcialidad aun que los jueces de Rennes. El rey, queriéndolos reducir al silencio, asistió á las sesiones y mandó suspender todo procedimiento contra el duque de Aiguillon: al día siguiente dió el parlamento un decreto prohibiendo al duque que asistiera á las sesiones en calidad de par, hasta que se sentenciara su causa, y siguieron los procedimientos con mas actividad.

El duque de Aiguillon, amenazado con una sentencia deshonrosa, conoció que era indispensable derribar del poder al duque de Choiseul, porque era público y notorio que este ministro dirigía el parlamento á su antojo, y que este mostraba tanto encarnizamiento porque contaba con la proteccion del ministro. El triunvirato emprendió la obra con ardor, y reclutó nuevos adeptos entre los personajes mas notables, que fueron el duque de Richelieu, galanteador sempiterno, que escondía la incapacidad mas completa bajo la dorada corteza del cortésano perfecto; el conde de Millebois, militar bastante distinguido, que ambicionaba la cartera de la Guerra; el conde de Broglie, jefe de la correspondencia secreta que sostenía Luis XV en Inglaterra con agentes conocidos solo de él y del conde, que se halagaba con la esperanza de ser ministro de Estado. Había además otros personajes, el duque de Vauguyon, ay de los infantes, y jefe de la seccion de los jesuitas, que no vaciló en unirse con la Dubarry para vengar á su partido del duque de Choiseul y del parlamento; y el duque de la Vrilliere, encargado de la expedicion de los decretos de prision, enemigo de Choiseul porque este le despreciaba.

Los proyectos de esta asociacion fueron favorecidos por una cuestion que se suscitó entre la España y la Inglaterra, con motivo de la posesion de las islas Maluinas ó Falkland, situadas á 120 leguas de la costa oriental Patagónica. Habiendo formado los ingleses establecimientos en aquellas islas de que habían tomado ya posesion anteriormente los navegantes españoles, el rey D. Carlos III envió una escuadra que volvió á ponerlas bajo su dominio. La nacion inglesa se conmovió, el ministerio mandó equipar una flota destinada á recobrar las islas Falkland, y todo parecía indicar una guerra inmediata. Si esta hubiera estallado, la Francia se hubiera visto obligada, en virtud del pacto de familia, á sostener una guerra marítima con la Inglaterra, guerra cuyo resultado probable era la pérdida de la marina naciente, y un aumento considerable en el déficit de la Hacienda. Luis XV, desarmado por los reveses sufridos en la

guerra de 1755, recomendaba á sus ministros que mantuvieran la paz por todos los medios posibles. El duque de Choiseul se ofreció entonces á interponer su mediación entre las dos cortes; pero con motivo de la distancia que separa á Versalles de Madrid y de Londres, y de la lentitud inseparable de toda negociación, los correos se sucedieron unos á otros durante mucho tiempo, sin que se obtuviera un resultado definitivo.

La asociación no dejó de aprovechar ocasión tan propicia.

Los miembros de ella, y particularmente la Dubarry, repetían á porfía al rey que el duque de Choiseul, viendo disminuir su crédito, y queriendo hacerse necesario, había escitado á la España para que atacara á Flandria, y que hacía correr con languidez la negociación, para tener ocasión de hacer estallar la guerra. Añadían que escitaba también secretamente á las colonias de la América Septentrional á sublevarse contra la metrópoli, prometiéndolas protección y socorros en nombre de la Francia. Presentaban al duque de Choiseul como un intrigante, y pronto hallaron pretexto para presentarle como un faccioso.

Ya hemos dicho que la causa del duque de Aiguillon seguía sus trámites en el parlamento á pesar de las órdenes formales del rey. Esta oposición de un tribunal á su soberano era muy mal ejemplo en una monarquía absoluta, pues todo en ella debe depender del capricho del rey: así es que, para concluir de una vez este asunto ruidoso, resolvió el rey celebrar una sesión régia con el parlamento en Versalles el día 7 de diciembre. En este intermedio el duque de Choiseul, á quien el rey ya no veía mas que en los consejos, y que no sabía nada de esta determinación, pidió y obtuvo licencia para pasar unos días en Compiègne. No se halló pues en la sesión régia, en la cual hizo el rey que le entregaran todas las piezas justificativas de la causa del duque de Aiguillon, prohibiendo terminantemente que hubiera mas procedimientos. No dejaron de presentar la ausencia del duque de Choiseul como señal de desaprobación dada públicamente á la conducta del rey.

A pesar de tantas insinuaciones pérfidas aunque bien dirigidas, Luis XV no se decidía, porque sabía perfectamente que el duque era un hombre útil y decidido en favor de los intereses de la monarquía. Pero al fin halló la asociación un medio que tuvo buen resultado. Sugirió á la Dubarry la idea de decir al rey que su tranquilidad y sus intereses exigían que conociera las intenciones del duque de Choiseul, y que debía mandar llamar al abate de la Ville, oficial primero del ministerio de Estado, para interrogarle.

Este abate había empezado por ser jesuita, había entrado después en el clero secular, y había sido secretario de la embajada francesa en Holanda, cuyo destino dejó para ocupar el de oficial primero del ministerio de Estado. Los antecesores del duque de Choiseul le habían dejado hacer todo lo que había querido, y por eso no quería al ministro actual que lo manejaba todo por sí, y exigía de sus subordinados una obediencia pasiva. Le habían seducido con la promesa del título de director de los negocios extranjeros y de una libertad completa bajo la autoridad nominal del duque de Aiguillon. La condesa Dubarry y el duque de Vau-

guyon le habían enseñado el papel que había de representar cuando el rey, cediendo á las instancias de la condesa, le mandara llamar, lo cual sucedió el 21 de diciembre de 1770.

—«Os he mandado venir, le dijo el rey, para que me digáis cuál es el estado actual de las negociaciones entabladas con mis dos hermanos de España y de Inglaterra, y cuáles son las intenciones de M. de Choiseul con respecto á la cuestión que los tiene enemistados.»

—«Siento sobremedida, señor, contestó el abate, el no poder cumplir la orden que V. M. acaba de darme.»

—«¿Y por qué no podéis?»

—«Porque M. de Choiseul tiene la costumbre de escribir solo sus despachos, y nadie sabe lo que contienen.»

—«¿Cómo nadie? Sin embargo, es necesario que yo sepa lo que el duque piensa sobre este asunto.»

el ministro respondería al rey que era preciso esperar la respuesta de Carlos III al último proyecto de acomodamiento; porque si le aceptaba, la carta era inútil; y si le rehusaba, siempre estaban á tiempo para escribir; cuyas palabras, coincidiendo con las del abate de la Ville, decidieron la caída del duque. Esta suposición se realizó harto pronto. El mismo día, estando en el consejo, le hizo el rey á Choiseul la pregunta

aconsejada por el abate, y el ministro contestó exactamente en los términos que deseaban sus enemigos. Luis XV no dejó traslucir sus intenciones; pero dejó el consejo mas pronto que otras veces.

Sin embargo, aun no estaba decidido á deshacerse del duque. La caída del ministro no fué resuelta hasta dos días después (el 23 de diciembre) en casa de Duvarry, un poco antes de la cena entre Luis XV, la condesa, el canceller de Maupeou y el duque de la Vrilliere. El rey firmó dos decretos de destierro, que M. de la Vrilliere se encargó de llevar el día siguiente á los dos Choiseuls. En seguida se sentaron á la mesa muy satisfechos.

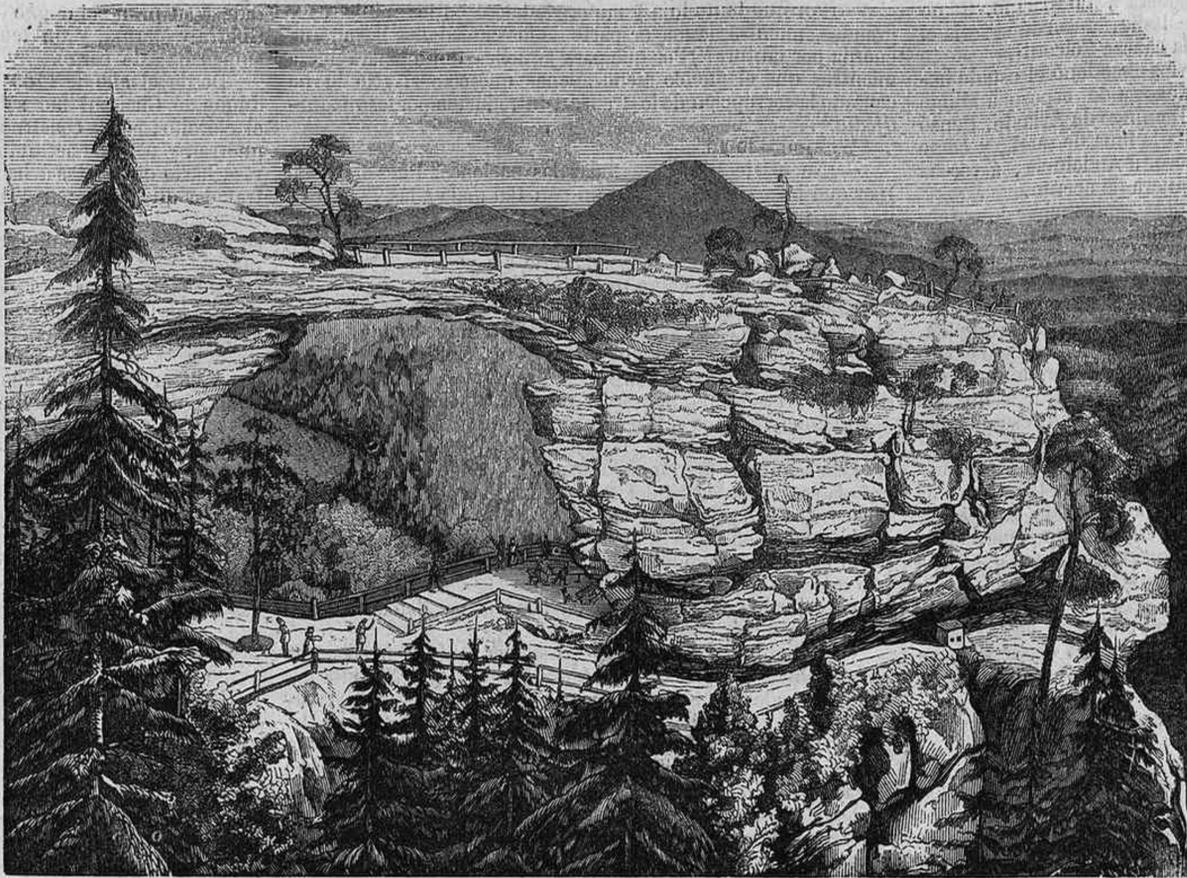
M. de la Vrilliere hacía cuarenta años que tenía el privilegio de distribuir las cartas de destierro, y de anunciar su suerte á los cortesanos que caían en desgracia. A la mañana siguiente fué á ver al duque de Choiseul, y le entregó la real orden que le mandaba retirarse á su posesión de Chanteloup en Turenna, y dimitir sus cargos de secretario del despacho de Estado, y superintendente de puertos. El ministro entregó su cartera, y pidió dos ó tres días de término para arreglar sus negocios. El rey le mandó que saliese antes de veinticuatro horas. M. de la Vrilliere fué en seguida á elevar al duque de Praslin la Real orden de destierro que le mandaba retirarse á su posesión de Vaux-Praslin, cerca de Melun. La duquesa de Graumont, hermana del duque de Choiseul, recibió también la orden de estrañarse de la corte.

La asociación triunfaba: no creían sus individuos que la desgracia del duque sería para él el origen de una ovación tan honrosa para los que la tributaron como para el que la recibió.

La mayor parte de las personas notables que había en la corte pidieron licencia para ir á Chanteloup. Durante muchos días estuvo el camino cubierto de numerosos carruajes que iban y venían. La nación entera manifestó al duque de Choiseul el sentimiento inspirado por su caída. Voltaire, que por cierto no tenía la costumbre de incensar á las personas caídas, fué en aquella ocasión el órgano de la opinión pública, y se sirvió de la alegoría del visir Giafar, que cayó en desgracia con el califa, para dirigir al duque de Choiseul elogios que en otra ocasión hubieran parecido adulaciones. El talento natural de Luis XV le hizo pronto echar de menos á su antiguo ministro. Cuando supo la desmembración de la Polonia, que no supo evitar el duque de Aiguillon, exclamó el rey con tristeza: «Ah! si hubiese estado Choiseul en el ministerio no hubiera sucedido eso!»

La reputación del duque de Choiseul adquiere proporciones mas gigantescas al compararle con los sucesores que consiguió darle la Dubarry. ¿Quiénes fueron efectivamente los últimos ministros de Luis XV? El duque de Aiguillon, hombre inepto é indiferente, envanecido con un cargo que no sabía desem-

ñar; el abate Terray, célebre por su rapacidad y su bancarrota; y M. de Montenard, ministro de la Guerra, general cuyo nombre no se halla en la descripción de ninguna batalla. Sus nombres están hoy sepultados en el olvido, y solo se recuerdan alguna vez por lo odiosos que son en la nación que gobernaron, mientras que el del duque de Choiseul recuerda un ministro laborioso, activo, de sana intención, y celoso de la dignidad y de los intereses de la Francia.



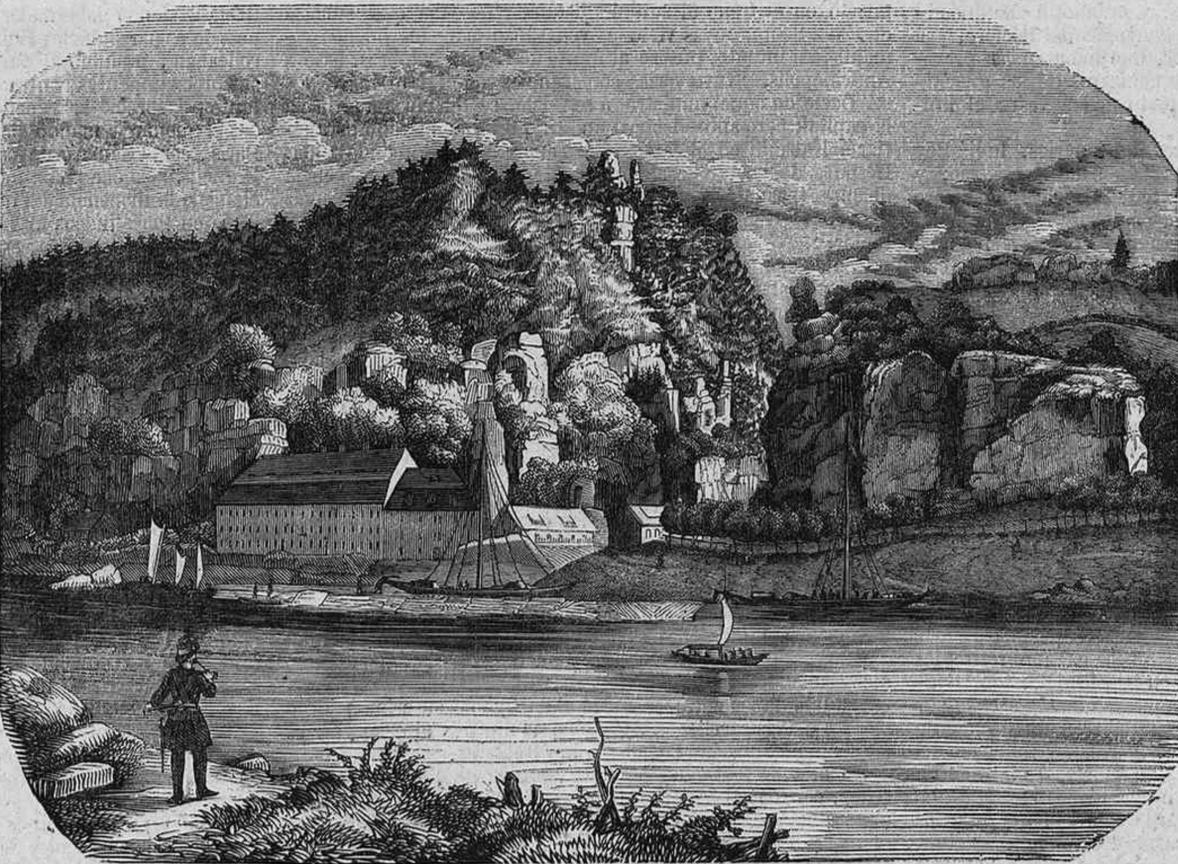
El Prebischthor (entrada de Prebisch) paisaje en la Suiza sajona, Alemania.

—«V. M. me ha dispensado la honra de llamarme para que yo informe, y no me atrevo á esperar que me permita dar un consejo.»

—«Hablad: no solo lo permito: lo mando.»

—«¿Quiere V. M. conocer las intenciones de M. de Choiseul? Me atreveré á indicarle que quizás sea necesario para eso el mandar á M. de Choiseul que diga á la corte de Madrid que V. M. no quiere tomar parte en su cuestión. El señor mi-

ministro respondería al rey que era preciso esperar la respuesta de Carlos III al último proyecto de acomodamiento; porque si le aceptaba, la carta era inútil; y si le rehusaba, siempre estaban á tiempo para escribir; cuyas palabras, coincidiendo con las del abate de la Ville, decidieron la caída del duque. Esta suposición se realizó harto pronto. El mismo día, estando en el consejo, le hizo el rey á Choiseul la pregunta



El Herniskretschén, paisaje situado á las márgenes del Elba, en la Suiza sajona.

nistro obedecerá al instante si desea mantener la paz; pero si por el contrario desea la guerra, no dejará de hacer observaciones á V. M. que le darán á conocer sus verdaderos designios.»

—«Está bien,» contestó el rey, y despidió al abate.

Los enemigos del duque de Choiseul le urdían una intriga bastante hábil. Acababa de ser espedido á España un correo que era portador de proposiciones de arreglo, y pensaban que